

MANTENIENDO EL RUMBO

LOS DESAFÍOS QUE ENFRENTA
LA EDUCACIÓN DE LAS PERSONAS
REFUGIADAS

Por qué se interrumpe
el recorrido educativo
de la niñez desplazada,
y qué puede hacer el
mundo al respecto



METODOLOGÍA

El informe de educación de ACNUR de este año se centra, en específico, en la educación de nivel secundario, una etapa que carece gravemente de recursos a pesar de ser crucial para que las personas refugiadas logren mayor independencia y mejores oportunidades en la vida.

Cada año mejoramos nuestra metodología para elaborar el informe de educación, lo que puede causar fluctuaciones en las estadísticas. El año pasado, por ejemplo, reportamos datos de 12 países que han dado acogida a cerca de la mitad de la población de personas refugiadas en el mundo. Este año, más de 40 países proporcionaron datos en materia de educación de las personas refugiadas, lo que brinda un panorama más claro en comparación con años anteriores. La población total de personas refugiadas en los países que proporcionaron datos suma 12,65 millones, lo que constituye más de la mitad de la población total de personas refugiadas y personas venezolanas desplazadas en el extranjero que se encuentran bajo el mandato de ACNUR.

Los datos han sido recopilados gracias al buró regional y gracias a las operaciones de ACNUR en el país. Los datos presentados corresponden al año académico 2019-2020. Sin embargo, con relación al año 2020, se solicitó que las operaciones en el país proporcionaran datos anteriores a marzo, momento en el que la mayoría de las escuelas comenzaron a cerrar a causa de la pandemia. Por ello, las estadísticas de inscripción no muestran el impacto de la pandemia en el acceso a las escuelas.

Las cifras son indicativas de las tasas brutas de inscripción, que incluyen a la totalidad de estudiantes de un determinado nivel educativo, independientemente de la edad (lo que significa que el estudiantado que supera la edad también está representado en las estadísticas). En consecuencia, las estadísticas de algunos países superan el 100%.

Las tasas netas de inscripción representan la cantidad de estudiantes que pertenecen al rango etario adecuado para determinado nivel educativo, lo que proporciona un panorama más preciso; sin embargo, estas estadísticas son mucho más difíciles de recopilar. En este informe, las cifras indicativas de niñas y niños que no están recibiendo educación se presentan según una comparación simple entre la población en edad escolar y la niñez que sí ha sido inscrita.¹

1 El cálculo para conocer el número de niñas y niños que no están recibiendo educación consiste en restar las cifras brutas de inscripción de la población en edad escolar que hayan proporcionado las operaciones en el país. En tal sentido, el cálculo no logra abarcar las cinco dimensiones de exclusión que suelen emplearse para obtener las cifras de personas no escolarizadas ([UNICEF y UNESCO-UIS, 2015](#)). Uno de los principales objetivos para los próximos años es lograr una representación más precisa de las situaciones que enfrenta la niñez no escolarizada.

Contenido

Introducción por Filippo Grandi, Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados	4
Lo que muestran los datos: Interpretación de las estadísticas sobre la inscripción de personas refugiadas	8
Estudiantes en confinamiento: Dos personas refugiadas en extremos opuestos del mundo comparan notas sobre la pandemia	13
Estudio de caso: Un laboratorio nuevo conecta la escuela secundaria con estudios de ciencias	18
En primera persona: Asma Rabi, becaria del programa DAFI, y las perspectivas de una joven afgana en Peshawar	21
Estudio de caso: Adolescente venezolana toma el camino digital hacia la profesión médica	25
Entrevista: “No podemos permitir que la educación sea víctima de esta crisis”, dice Stefania Giannini, de la UNESCO	28
Estudio de caso: Maestro sirio se convierte en productor de cine luego del cierre de las aulas	34
Enfoque en el aprendizaje conectado: Una respuesta de baja tecnología al confinamiento	37
Estudio de caso: Una pareja darfurí pone la educación en el núcleo de la vida familiar	40
Palabras finales: John Green, autor y vloguero	44
Llamado a la acción: Cómo ayudar a la juventud refugiada	46

MANTENIENDO EL RUMBO

POR FILIPPO GRANDI, ALTO COMISIONADO DE LA ONU
PARA LOS REFUGIADOS

Centro: Filippo Grandi, el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados, escucha a estudiantes refugiadas de la República Democrática del Congo en la escuela secundaria Makpandu en Yambio, Sudán del Sur, en enero de 2021. Makpandu, la escuela en la que estudiantes refugiados y de comunidades de acogida aprenden juntos, ha logrado algunos de los mejores resultados en el país en lo que respecta al certificado de educación secundaria de Sudán del Sur.

© ACNUR / ANDREEA CAMPEANU



“Enfrentar este desafío requiere un esfuerzo titánico y coordinado; se trata de una tarea que no podemos eludir”.

Datos

ACNUR estima que, de 2018 a 2020, nacieron, en promedio, **entre 290.000 y 340.000 niñas y niños** en condición de refugiados por año.

La niñez representa **el 30%** de la población mundial, pero **comprende el 42%** del total de las personas desplazadas por la fuerza.

De 2018 a 2020, [casi un millón de niñas y niños nacieron en condición de refugiados](#). Desde el comienzo, pasan su infancia e incluso su vida entera fuera del país que debería ser su hogar.

El impacto de la COVID-19 en su vida será profundo. La UNESCO calcula que, desde el inicio de la pandemia, más de 1.500 millones de estudiantes han sufrido afectaciones por el cierre de su escuela o universidad.

Indudablemente, esta disrupción sin precedentes en el sistema educativo afecta a toda la niñez. Sin embargo, para la juventud refugiada, que ya se enfrenta a grandes obstáculos para obtener un lugar en las aulas, la pandemia podría frustrar toda esperanza de recibir la educación que necesita.

En todos los niveles, la inscripción de personas refugiadas es menor en comparación con la de las personas no refugiadas. Sin embargo, a medida que crecen, el panorama empeora con rapidez, y quienes cursan el nivel secundario corren el mayor riesgo de quedar atrás.

En el nivel primario, los datos de ACNUR sugieren que el 68% de la niñez refugiada se ha inscrito en la escuela. Por el contrario, la inscripción bruta de estudiantes refugiados disminuye drásticamente en el nivel secundario, con un promedio de tan solo el 34%. Si bien existen grandes diferencias regionales, en algunos países, la tasa de inscripción de estudiantes refugiados en el nivel secundario es de un solo dígito.

Por ello, el informe de educación de ACNUR para el año 2021 se centra en la educación secundaria, ya que destacamos la demanda, los beneficios y las brechas en términos de oferta y oportunidades.

En el caso de la adolescencia refugiada, la presión por abandonar la escuela para mantener a su familia puede llegar a ser intensa, y, de hecho, se ha agravado con la devastación económica causada por la pandemia. El riesgo de que la niñez sea sometida al trabajo infantil, inclusive en sus peores formas de explotación, es inmenso.

Al no contar con educación secundaria, la juventud, que debería experimentar una etapa importante de crecimiento, desarrollo y oportunidades, se enfrenta a grandes riesgos. Negarles la educación secundaria equivale a derrumbar una parte del puente que conduce hacia su futuro: el puente hacia un mejor porvenir financiero, mayor independencia y mejores resultados de salud; también es el puente hacia la educación superior.

La inscripción de 300.000 niñas y niños más cada año requiere **6.000 salones de clase** y la contratación de **10.000 docentes más** (teniendo en cuenta una proporción de 50 estudiantes por aula y 30 por docente).

ACNUR y sus socios han establecido un objetivo ambicioso del 15% para la inscripción de estudiantes refugiados en este nivel hacia 2030, la campaña “15/30”. La buena noticia es que el nivel de inscripción más reciente en la educación superior es del 5%, un aumento a partir del 3% interanual y del 1% hace unos pocos años.

Sin embargo, la COVID-19 amenaza ese y otros avances educativos para las personas refugiadas. Si bien todavía no podremos conocer su impacto total, es probable que el daño sea terrible. Las estimaciones de las oficinas de ACNUR en 37 países indican que la población estudiantil refugiada perdió un promedio de 142 días escolares hasta marzo de 2021 debido a los cierres de las escuelas, universidades y demás instituciones, lo que representa un déficit inmenso por recuperar.

Es cierto que una gran parte de estudiantes y docentes se ha adaptado, y con rapidez. Los recursos en línea son innumerables y, en los últimos meses, hemos visto rápidos avances en la tecnología y el aprendizaje digital.

Aun así, la desigualdad también está presente en el mundo virtual. El aprendizaje digital es más viable cuando una persona tiene conexión a internet, un dispositivo adecuado, recursos económicos para afrontar los costos involucrados, y un espacio tranquilo para escuchar y aprender.

Para miles de estudiantes refugiados que viven en regiones sin conexión, que no tienen acceso a dispositivos digitales (o deben compartirlos con otras personas) y que viven en condiciones de hacinamiento, tales recursos resultan poco realistas.

Enfrentar este desafío requiere un esfuerzo titánico y coordinado; se trata de una tarea que no podemos eludir.

Necesitamos una campaña mundial de “vuelta a clase” en beneficio de todas las niñas, niños y jóvenes, especialmente quienes se encuentran en mayor situación de vulnerabilidad. En el caso de las personas refugiadas en particular, los Estados deben garantizar que sean parte de la planificación y los sistemas educativos nacionales, incluidos los programas de recuperación.

En los lugares en donde los recursos sean escasos (teniendo en cuenta que el 27% de las personas refugiadas se encuentran en los países menos desarrollados del mundo), los Estados de acogida necesitan apoyo internacional para aumentar los recursos en el nivel secundario: más escuelas, materiales educativos adecuados, capacitación docente para materias especializadas, instalaciones separadas para las adolescentes, entre otras.

Debemos cerrar la brecha digital con una conectividad de mejor calidad y más asequible, y con plataformas educativas sin tecnología o con baja tecnología. Estos son puntos de acción claros que tendrán resultados demostrables.

La pandemia nos ha dado una idea de lo que es la realidad diaria para las personas refugiadas: aislamiento, restricciones de movilidad, incertidumbre económica, negación repentina de los servicios básicos. Cientos de miles de niñas y niños nacen en este contexto año tras año.

Estamos perdiendo terreno en los esfuerzos por garantizar una educación completa y de calidad para todas las personas. No obstante, con acciones coordinadas, podemos recuperar el tiempo perdido y, así, alcanzar nuestro objetivo final: brindar a niñas, niños y jóvenes, incluidas las personas refugiadas, la educación que se merecen.

Esforzándose: niña afgana refugiada poniéndose al día con sus estudios en la ciudad de Pakdasht, al sudeste de Teherán, capital de Irán.

© ACNUR / ZAHRA NAZARI

CAPÍTULO 1

LO QUE MUESTRAN LOS DATOS

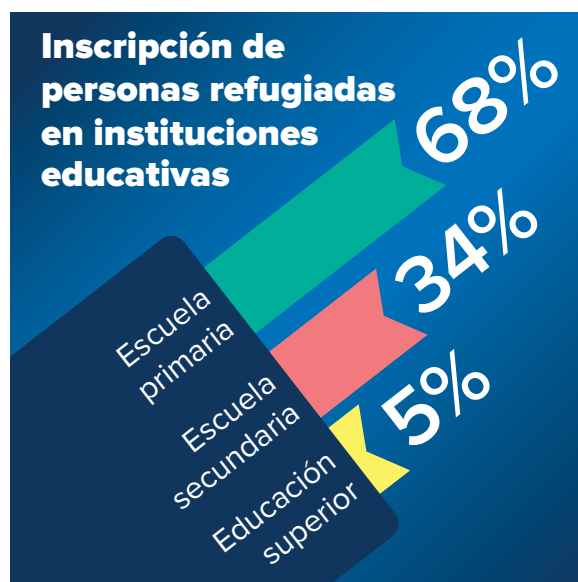
Interpretación de las estadísticas sobre la inscripción de personas refugiadas

El análisis de datos más integral llevado a cabo por ACNUR en materia de educación de personas refugiadas revela enormes diferencias en términos de inscripción escolar en diferentes partes del mundo, con las tasas de África subsahariana muy por delante de Asia y América.

En los países que proporcionaron datos, la tasa bruta promedio de inscripción correspondiente al año que transcurrió de marzo de 2019 a marzo de 2020 fue del 68% para el nivel primario.² Respecto del nivel secundario, la tasa correspondiente de los países que proporcionaron datos fue del 34%,³ lo que significa que todavía existen barreras estructurales significativas que impiden que la población estudiantil refugiada pueda acceder a la educación de nivel posprimario.

Al comparar la inscripción entre la población estudiantil refugiada y la población estudiantil de los países de acogida, surgen enormes disparidades en torno al acceso. Por ejemplo, en el nivel primario, la inscripción de personas refugiadas alcanzó el 59% en Jordania, mientras que la cifra correspondiente al estudiantado del país de acogida fue del 82%⁴ en 2019-2020. En Chad, la inscripción de personas refugiadas fue del 78%, mientras que la cifra correspondiente al estudiantado del país de acogida fue del 89%⁵ para el mismo período.

Esta comparación es aún más marcada en el nivel secundario. En Jordania, por ejemplo, la tasa de inscripción de personas refugiadas



fue del 25%, mientras que, en el caso del estudiantado del país de acogida, la tasa fue del 65%⁶ en 2019-2020.

En el nivel terciario, las tasas de inscripción para el mismo período fueron del 5%.⁷ Este incremento, de 2 puntos porcentuales respecto del año pasado, representa un cambio transformacional para miles de jóvenes y sus comunidades.

2 Datos de operaciones en 44 países que proporcionaron datos.

3 Datos de operaciones en 41 países que proporcionaron datos.

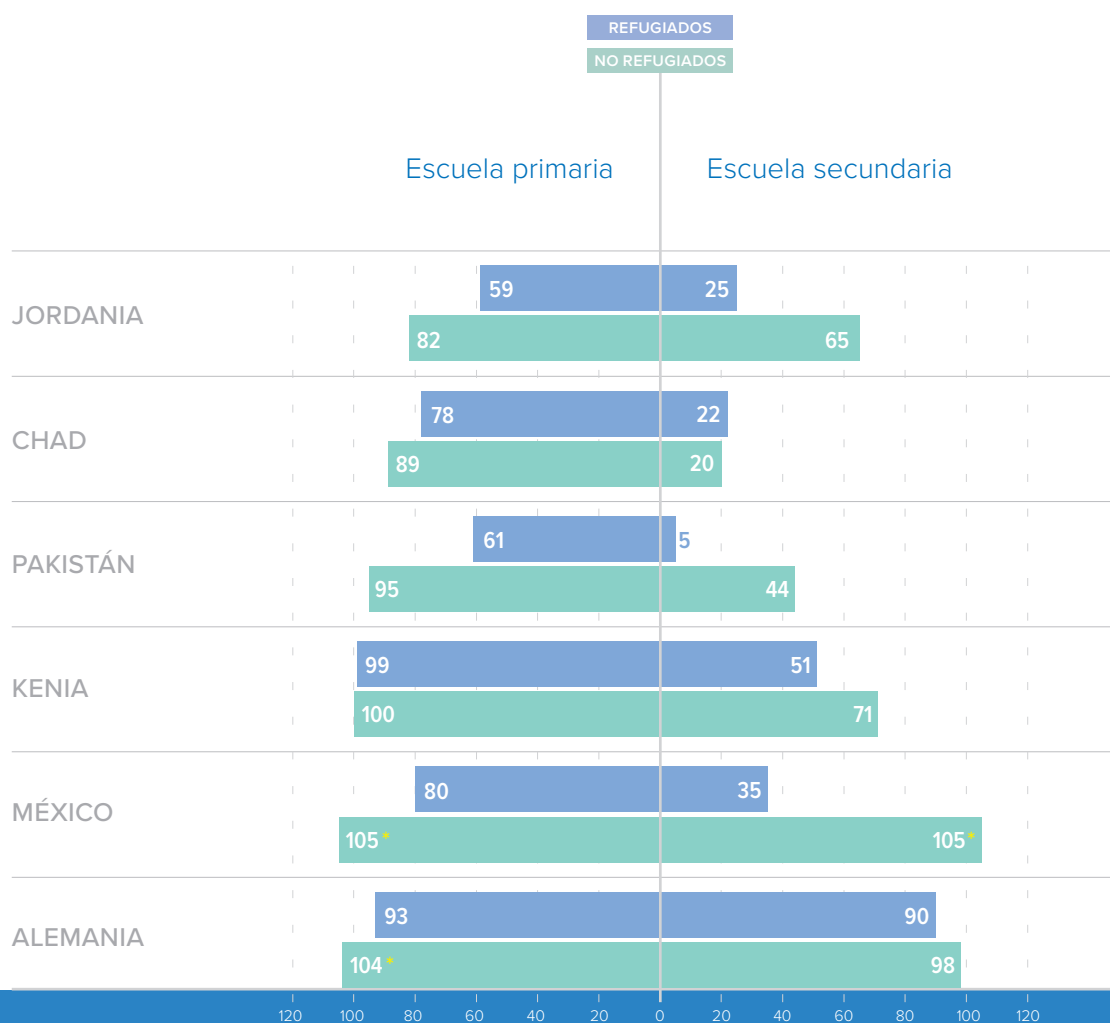
4 UNESCO-UIS. (2021). Estadísticas del UIS. <http://data.uis.unesco.org/> (disponible en inglés).

5 UNESCO-UIS. (2021). Estadísticas del UIS. <http://data.uis.unesco.org/> (disponible en inglés).

6 UNESCO-UIS. (2021).

7 En función de todos los países con datos disponibles. La innovación, la acción conjunta de los socios y la mejor accesibilidad a datos contribuyeron a alcanzar una tasa de inscripción más alta.

Inscripción en las escuelas | Marzo de 2019 a marzo de 2020



* Algunas cifras superan el 100% porque las tasas brutas de inscripción incluyen a estudiantes que superan la edad; por ende, el total puede ser superior a la población del rango etario oficial.

Las cifras de la población de acogida de Kenia corresponden a 2019 y las de Alemania, a 2018.

Las cifras de México corresponden a 2019-2020 en el caso de las personas refugiadas y a 2018 en el caso de las personas no refugiadas.

Fuente: DATOS DE LAS OPERACIONES DE ACNUR EN EL PAÍS, UNESCO-UIS Y EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE KENIA.

Este incremento continuo en la población global desplazada por la fuerza significa que cerca de la mitad de toda la niñez refugiada (48%) continúa fuera del sistema escolar.

Asimismo, es un testimonio del impulso de la campaña 15/30, que pretende incrementar la cifra de inscripciones al 15% para el año 2030. Sin embargo, para lograr ese objetivo, se debe garantizar, principalmente, que más personas refugiadas tengan acceso a educación secundaria de calidad, que puedan concluirla de manera segura y exitosa, y que obtengan el apoyo que necesitan para hacer la transición hacia el nivel terciario.

Todas estas cifras deben analizarse dentro de un contexto de tasas de desplazamiento forzado sin precedentes, con un número total de personas refugiadas de 26,4 millones hacia fines de 2020, de acuerdo con el último [informe anual de tendencias globales](#) de ACNUR, sumado a 4,1 millones de solicitantes de asilo y 5,4 millones de personas venezolanas refugiadas, migrantes y solicitantes de asilo^{8,9}.

Aunque miles de nuevos estudiantes refugiados se matricularon en la escuela a lo largo del período objeto del informe, este incremento continuo en la población global desplazada por la fuerza significa que cerca de la mitad de toda la niñez refugiada (48%) continúa fuera del sistema escolar.¹⁰

En vista de que las tasas de inscripción varían por región, dado que este año más países proporcionaron datos, estos pudieron desglosarse por región. En países del África subsahariana, por ejemplo, las tasas de inscripción brutas en el nivel primario fueron

del 99% y del 76% en Kenia y Uganda, respectivamente.¹¹ En el continente americano, las tasas de inscripción promedio en el nivel primario fueron comparativamente más bajas, lo que refleja el desplazamiento masivo de personas venezolanas a lo largo de los últimos años (ver cuadro).

Asimismo, las estadísticas revelan que, en materia educativa, las niñas quedan rezagadas en comparación con los niños. En el nivel primario, las tasas globales brutas de inscripción de personas refugiadas fueron del 70 y del 67% en el caso de los niños y las niñas, respectivamente. En el nivel secundario, las tasas fueron del 35 y del 31%.¹²

Sin embargo, aún no se han recopilado ni analizado datos que muestren un panorama integral del impacto de la pandemia de COVID-19. [Alrededor del mundo, nueve de cada diez escuelas cerraron](#) en algún momento y durante diversos períodos desde que los países comenzaron a imponer medidas de confinamiento y cuarentena en 2020 y 2021.¹³ Las respuestas de los sectores estatal y privado, que incluyen aprendizaje digital y semipresencial, no se han puesto a disposición de las comunidades más marginadas de manera equitativa, con inclusión de las personas refugiadas; y, a medida que se continúan generando y recopilando pruebas del impacto de la pandemia, es razonable asumir que los resultados de aprendizaje sufrieron un impacto negativo y que las tasas de abandono escolar han aumentado.

8 Esta cifra incluye a las personas venezolanas refugiadas, migrantes y solicitantes de asilo reportadas mediante la [Plataforma de Coordinación para Refugiados y Migrantes de Venezuela](#).

9 ACNUR (2021). *Tendencias globales: Desplazamiento forzado en 2020*.

10 Cálculos basados en los datos de las operaciones de ACNUR en el país.

11 Datos de operaciones de ACNUR en el país.

12 Ibid.

13 UNESCO, "Seguimiento mundial de los cierres de escuelas causados por la COVID-19", Interrupción y respuesta educativa, 2020.

Educación preescolar

Por primera vez en su informe de educación anual, ACNUR proporciona datos sobre las tasas de inscripción de personas refugiadas en la educación preescolar, que fueron del 34% en el período reportado en 32 países de los que se

recopilaron datos.¹⁴ Resulta útil comprender hasta qué punto el estudiantado cuenta con oportunidades para acceder a la educación preescolar, que ha demostrado [mejorar la preparación para la escuela primaria](#),¹⁵ enriquecer el aprendizaje en los últimos grados y [perfeccionar las habilidades de la vida diaria](#).¹⁶

14 Datos de operaciones de ACNUR en el país.

15 Berlinski, S., Galiani, S., y Gertler, P. (2009). The Effect of Pre-Primary Education on Primary School Performance (disponible en inglés). *Journal of Public Economics*, 93(1), 219–234.

16 Aboud, F. E. (2006). Evaluation of an Early Childhood Preschool Program in Rural Bangladesh (disponible en inglés). *Early Childhood Research Quarterly*, 21(1), 46–60.

Enfoque

Educación para personas venezolanas en Colombia

A fines de 2020, había 5,4 millones de personas venezolanas refugiadas, migrantes y solicitantes de asilo, de las cuales el 80% vivía en la región de América Latina y el Caribe (principalmente en Colombia, Chile, Ecuador, Brasil y Perú).¹ Más de un tercio de las personas venezolanas ha llegado a Colombia, lo que lo ha convertido en el país que más ha acogido a esta población desplazada.

Hasta hace poco, el acceso a la educación para las personas venezolanas en Colombia había sido limitado: según datos de 2019, aproximadamente 206.000 estudiantes de Venezuela se inscribieron en escuelas colombianas, con tasas brutas de inscripción del 42% y del 34% en los niveles primario y secundario, respectivamente.² En el nivel primario en particular, la tasa de inscripción es mucho más baja que el promedio mundial de niñez refugiada, y que la tasa de niñez no refugiada.

Es probable que esta cifra mejore ahora que [Colombia ha otorgado el Estatus de Protección Temporal a las personas venezolanas](#), el cual les brinda acceso a servicios básicos, como documentos de identificación, empleos formales, educación, sistema de salud y planes de vacunación contra la COVID-19.³

1 R4V. (2021). <https://www.r4v.info/>.

2 Datos de operaciones de ACNUR en el país.

3 ACNUR (2021). *ACNUR y la OIM celebran la decisión de Colombia de regularizar la situación de personas refugiadas y migrantes de Venezuela*.

Conectada: Yvana Portillo, una venezolana refugiada que ahora vive en Lima, Perú, toma su turno para usar la computadora portátil familiar y se pone al día con las tareas escolares.

© ACNUR / SEBASTIAN CASTAÑEDA

CAPÍTULO 2

ESTUDIANTES EN CONFINAMIENTO

Realidad virtual: cómo continuar aprendiendo en un contexto de pandemia

Para comprender las dificultades enfrentadas por los estudiantes refugiados cuando el coronavirus arrasó con el mundo entero, solicitamos que dos integrantes del Consejo de Educación para Refugiados de Canadá intercambiaran preguntas acerca de cómo reaccionaron, cómo se adaptaron y cómo perseveraron a pesar de la interrupción constante que sufrió la educación. Uno de ellos se encuentra en Lima, Perú, y el otro, en el campamento de refugiados de Kakuma, en Kenia.

Nhial Deng: "En la escuela, encontré consuelo, esperanza y sanación".

© ACNUR / SAMUEL OTIENO



Nhial Deng, de 22 años, huyó a Kakuma en 2010, luego de un ataque armado que se desató en su pueblo en Etiopía. Entre muchos otros proyectos que tiene, Nhial encabeza la iniciativa de Embajadores por la Paz de los Jóvenes Refugiados en Kakuma, que promueve la coexistencia pacífica entre comunidades en el campamento y empodera a los jóvenes para convertirse en constructores de la paz y emprendedores sociales. El próximo año, comenzará a estudiar en una universidad canadiense.

Yvana Portillo, de 15 años, abandonó Venezuela con su familia en 2017. Ahora en Lima, Perú, ha logrado progresar en este nuevo entorno, combatiendo la hambruna y la falta de dinero, para lanzarse y llegar a ser la mejor de su clase en la escuela secundaria, y también convertirse en defensora de una educación accesible y de calidad.

Yvana: ¡Hola, Nhial! ¿Dónde estás en este momento? ¿Cómo van tus estudios?

Nhial: Estoy en el campamento de refugiados de Kakuma, preparándome para viajar a Canadá en agosto para comenzar a estudiar en Huron University College el próximo mes. [Nhial está ahora en Huron]. Espero especializarme en Derecho Global y complementar con Estudios Culturales e Inglés. La última vez que asistí a clases fue en enero, cuando terminé un curso de un año en producción cinematográfica y periodismo dictado por una organización llamada FilmAid. Se suponía que terminaría en diciembre, pero los estudios se vieron interrumpidos por la COVID, y tuvieron que suspender las clases.

Nos enviaron a casa, pero yo no tenía acceso a internet ni electricidad allí. Vivo en un complejo con otras diez personas, por lo que no me resultó fácil encontrar un lugar privado y tranquilo para estudiar.

¿Qué hay de ti, Yvana? ¿Cómo van tus estudios?

Yvana: Mi habitación sigue siendo mi lugar de estudio. Al principio, creía que el virus y las restricciones no durarían mucho, quizás uno o dos meses. Pero, luego de algunas semanas en la escuela, nos enviaron a casa, y ahí me di cuenta de que esto no iba a terminar pronto.

Lo más difícil fue adaptarme a las clases remotas. Me resultó incluso más difícil que no poder salir o ver a mis amistades.

Nhial: ¿Tenías todo lo que necesitabas para las clases virtuales?

Yvana: Al principio, no. Teníamos un teléfono celular y una computadora portátil, pero mis padres son docentes y necesitaban usar la computadora para dar clases, compartir la pantalla y demás. Mi hermano y yo solo podíamos usar el teléfono.

Después, hubo una semana y media que no tuvimos electricidad. Nos íbamos a la casa de una amiga de mi madre para poder tomar las clases y para que mis padres pudieran trabajar. Afortunadamente, mis padres pudieron comprar otro teléfono.

¿Qué hay de ti? Dijiste que no tenías internet ni electricidad.

Nhial: Solía ir a un cibercafé. Ellos [los organizadores del curso] crearon un aula virtual en Google y nos enviaban contenido, documentos y videos para que los descargáramos y viéramos sin conexión. Yo tuve la suerte de tener una computadora, pero la mayoría de mis compañeros refugiados, no. Además, FilmAid nos brindaba paquetes de datos, así que descargaba el contenido y esperaba a que todos en casa se durmieran para poder estudiar.

¿Lograste adaptarte al aprendizaje en línea?

Yvana: Tenemos un tutor que nos guía con las clases en línea. Quienes tuvieron problemas fueron nuestros profesores, que no estaban tan acostumbrados a la vida en línea como nosotros, los estudiantes, y no sabían bien cómo activar el micrófono o la cámara o cómo compartir la pantalla. Pero aprendieron. Quizás no estén tan familiarizados con la tecnología como nosotros, pero ha pasado más de un año y ya están entrando en ritmo.

¿Cómo hiciste para mantenerte motivado?

Nhial: La capacitadora del curso de periodismo me ayudó muchísimo. Es keniana, y teníamos una relación muy estrecha. Me gusta conectar con personas en las que confío y que sé que pueden ayudarme a superar las dificultades. Solía llamarla o enviarle un mensaje de texto todos los días.

Uno de los consejos que me dio, que fue muy valioso, fue que las oportunidades en este mundo son limitadas y todas las personas compiten por ellas. Me dijo que fuera fuerte y que diera lo mejor de mí en cada situación. Y eso es lo que he estado haciendo, tratando de encontrar maneras de alcanzar nuevos horizontes.

¿Deseas volver a clases?

Yvana: ¡Sí! Prefiero mil veces más volver a las clases presenciales antes que tener clases virtuales. Estudias más. La conexión a internet [en casa] se interrumpe por momentos, y eso te frena.

Aunque debo decir que ahora saco mejores notas que cuando íbamos a clase. Creo que es porque puedo investigar más en internet y buscar videos en YouTube que explican los temas que tengo que estudiar. Además, mis padres

“Descargaba el contenido y esperaba a que todos en casa se durmieran para poder estudiar”.

están aquí y pueden ayudarme con las tareas, así que puedo encontrar información con más facilidad.

Nhial: Entonces, ¿deberíamos darle más importancia al aprendizaje digital en la educación, incluso luego de la pandemia?

Yvana: Sí, el aprendizaje debería ser “mixto”. Las herramientas digitales pueden ser de gran ayuda en la escuela. Si pudiera hacer una recomendación a los Gobiernos, les diría que garanticen a los estudiantes refugiados los recursos que necesitan, y eso incluye el acceso a la información digital.

Nhial: Estoy de acuerdo, aunque lo veo desde dos perspectivas diferentes. Primero, creo que las escuelas deberían continuar abiertas. Si pienso en mi propia experiencia, cuando llegué a Kakuma, estaba perdido, devastado, frustrado. Tenía pesadillas sobre la violencia que había presenciado cuando hui de mi pueblo en Etiopía. En la escuela, encontré consuelo, esperanza y sanación. Era un lugar seguro en el que podía visualizar un futuro esperanzador.

Conocí a muchos otros jóvenes de diferentes partes del mundo que habían soportado tanto y estaban estudiando porque creían que era el pase hacia un futuro mejor. Por eso, creo que las clases presenciales deberían seguir existiendo.

Pero, a la vez, creo que necesitamos algo del aprendizaje digital. La educación debería ser una oportunidad para que personas de diferentes partes del mundo se reúnan y aprendan juntas. Una oportunidad para que alguien de Norteamérica conozca a alguien que está en Kakuma, y para que alguien de Kakuma conozca a alguien de Europa. Todas las escuelas deberían tener conexión a internet para que las personas de diferentes orígenes y lugares puedan compartir sus ideas y su conocimiento, y puedan forjar amistades.

*“Quienes
tuvieron
problemas fueron
nuestros
profesores, que
no sabían bien
cómo activar el
micrófono o la
cámara o
compartir la
pantalla”.*

Acerca del Consejo

El [Consejo de Educación para Refugiados](#), organizado por [World Vision Canada](#), fue lanzado por el Gobierno canadiense en febrero de 2021 en el marco de la campaña llamada “Juntos por la educación”. El Consejo fue creado con la ayuda del Grupo de Trabajo de Políticas de Educación Internacional de Canadá, una red de socios para el desarrollo que buscan lograr avances en la educación en beneficio de niñas, niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad. La integración del Consejo incluye estudiantes, docentes y líderes de la comunidad que viven en condición de personas desplazadas por la fuerza o en comunidades de acogida.



CAPÍTULO 3

ESTUDIO DE CASO

Un laboratorio nuevo conecta la escuela secundaria con estudios de ciencias

Expuestos a los elementos: Estudiantes de la escuela secundaria St Michael's, en el campamento de refugiados de Tongogara, en Zimbabue, toman una clase de Ciencias en el laboratorio construido recientemente.

© ACNUR / ZINYANGE AUNTONY

Una escuela secundaria en Zimbabwe ha dado un lugar significativo a las Ciencias en el programa, pero necesita más recursos si sus estudiantes quieren dar un paso más allá.

Con tiza sobre una pizarra, Joyline Mhlanganiso escribe una lista de métodos para separar diferentes sustancias.

“Tamizado”, dice sin voltear. “¿Qué más?”.

“Filtración”, arriesga un alumno ubicado en el medio del aula. Otra dice “decantación” y un tercero sugiere “imantación”. Mhlanganiso sigue escribiendo todas las ideas que van surgiendo.

La escuela secundaria St Michael’s, en el campamento de refugiados de Tongogara, ubicado en el sudeste de Zimbabwe, se toma muy en serio la clase de Ciencias desde que terminó de construir un laboratorio nuevo en 2019. Todo el alumnado de la escuela, de 1.º a 4.º, ahora estudia Ciencias.

“Nuestros estudiantes disfrutaban hacer ejercicios prácticos y experimentos durante las lecciones, así como salir de excursión”, dice Mhlanganiso, una maestra de Zimbabwe que enseña en St Michael’s desde hace nueve años.

Llena de orgullo, recuerda el día en 2018 cuando una de sus alumnas ganó la competencia nacional de ciencias. “Tenía dos alumnos [que participaban en la competencia]”, cuenta Mhlanganiso. “La chica se llevó el primer puesto y el chico, el tercero. Fue un gran logro”.

Los estudiantes comparten su entusiasmo.

Jessica Momba, de 16 años, es una joven refugiada de la República Democrática del Congo (RDC), y nos cuenta que Ciencias, Matemáticas y Geografía son sus materias favoritas. Aspira a ser geógrafa.

“Me encantan los experimentos en grupo porque los hago con mis amigos de clase”, dice Jessica.

“Disfruto hacer experimentos porque me permiten practicar los conceptos que aprendemos en clase”, agrega Israel Mutata, un joven refugiado de 16 años, también congolés.

En Zimbabwe, hay más de 20.000 personas refugiadas y solicitantes de asilo, de las cuales la mayoría son de la RDC y de Mozambique. El campamento de Tongogara alberga a 14.800 personas refugiadas, con unas 5.500 de entre 5 y 17 años.

Hay una alta demanda de educación, pero los lugares no alcanzan para todos y las aulas, a menudo, están repletas. Más de 1.150 niñas y niños en edad escolar no se han inscrito en ninguna escuela. De hecho, St Michael’s es la única escuela secundaria que hay en el campamento. A ella asisten 860 estudiantes, de los cuales, el 90% son personas refugiadas.

En Zimbabwe, la niñez refugiada se enfrenta con múltiples barreras para el aprendizaje. Wilfred Ziracha, el director de la escuela, dice que el estudiantado congolés tiene dificultades para adaptarse a un plan de estudios nuevo; entre otros motivos, porque ahora deben estudiar en inglés en lugar de francés (St Michael’s también enseña francés y shona, la lengua que se habla en Zimbabwe).

Si bien la escuela se enorgullece de su nuevo laboratorio (cuya construcción fue financiada por ACNUR), todavía carece de materiales clave. Ziracha dice que desearía que hubiera abastecimiento de gas y mecheros Bunsen.



Joyline Mhlanganiso, una de las dos maestras de Ciencias de St Michael's, en el lugar en el que ha trabajado durante nueve años.

© ACNUR / ZINYANGE AUNTONY

Por el momento, el estudiantado debe conformarse con lámparas de querosén, que no iluminan bien ni se pueden ajustar.

El uso de pizarras blancas y proyectores facilitaría la presentación de información y diagramas, mientras que el Wi-Fi pondría al alcance una infinidad de materiales educativos digitales. La escuela, ACNUR y otros socios están intentando conseguir financiamiento para comprar más equipos.

En última instancia, St Michael's pretende ofrecer enseñanza y exámenes de nivel avanzado.

“Existe una brecha [entre la oferta y la demanda]”, dice Memory Mandikiana, coordinadora educativa del Servicio Jesuita a Refugiados, que apoya el funcionamiento de la escuela comprando libros de texto, dando clases de apoyo con las tareas y administrando un

servicio bibliotecario. “En este momento, los estudiantes refugiados deben ir a otras escuelas para recibir educación de nivel avanzado”.

Para las niñas, el laboratorio de ciencias es particularmente importante. Según UNESCO, la participación de las niñas en las materias STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas) se reduce a medida que crecen, y se observa una disminución de su participación en los niveles secundarios avanzados y superiores.

“La ventaja que tenemos en esta escuela es que las únicas dos maestras de Ciencia son mujeres”, dice Ziracha. “De los tres maestros de Matemáticas, una es mujer, por lo que esas materias son muy populares entre las niñas. Les decimos: ‘Ellas lo lograron, así que ustedes también pueden hacerlo’”.

CAPÍTULO 4

EN PRIMERA PERSONA

“Ali* quiere venir a la universidad conmigo, pero puedo ver cómo se esfuman sus posibilidades”.



Camino a la escuela: jóvenes afganos refugiados se abren paso para llegar a la escuela en Pakistán, en diciembre de 2020. Son parte de los 1,4 millones de personas afganas refugiadas que han sido registradas en el país, de las cuales, 635.000 tienen menos de 18 años.

© ACNUR / MUHAMMAD RAHIM MIRZA

Asma Rabi es una joven afgana refugiada, estudiante universitaria e investigadora, que se encuentra colaborando en un estudio pionero sobre la educación de las personas refugiadas. Aquí, comparte sus opiniones y observaciones sobre el futuro de la juventud afgana que estudia en Pakistán y sobre el sueño de un joven cuyas oportunidades de obtener un lugar en la universidad son escasas...

“ **Encontré la escuela para personas refugiadas en una esquina de la zona más concurrida de la ciudad pakistani de Peshawar.** Era pequeña y se la veía abandonada. Tenía unas pocas plantas escuálidas a cada lado de la entrada, y los desagües estaban a tan solo un paso de la puerta de entrada.

A decir verdad, la escuela, que es una de las escuelas para personas refugiadas más antiguas de Peshawar, estaba bastante activa. De hecho, hace más de dos décadas que está abierta y es la encargada de educar a cientos de personas afganas refugiadas, principalmente niños.

En un aula pequeña y con escasa iluminación, un grupo de varones adolescentes de 12.º grado estaban sentados en el piso sobre una alfombra vieja. Sus voces retumbaban en el pasillo mientras, guiados por su maestro, repetían frases de sus libros de texto. Ingresé al aula y no dejaban de sonreír.

Era marzo de 2020 y me habían designado para entrevistar a algunos estudiantes de secundaria en el marco de un gran estudio sobre educación. Durante los últimos dos años, he sido parte de un grupo de investigación integrado por personas refugiadas que trabaja en un proyecto llamado [Voices of Refugee Youth](#), el cual se enfoca en Pakistán y Ruanda.

Hacemos encuestas y entrevistas, y armamos grupos de debate que involucran a estudiantes refugiados para que nos ayuden a entender el papel que tiene la educación en su vida. Con la información que recabamos de estas interacciones, pretendemos ayudar a los Gobiernos y organizaciones nacionales e internacionales a mejorar la planificación del apoyo que brindan a las personas refugiadas.

Luego de presentarme ante la clase, un chico que estaba en una de las esquinas dijo que quería ser el primero en ser entrevistado. Este refugiado afgano, al que llamaremos Ali*, de 17 años en aquel entonces, hablaba con una pasión genuina. Su padre era agricultor en un pueblo cerca de Jalalabad, en Afganistán. Por las constantes amenazas de violencia que recibían, sus padres lo enviaron al país vecino de Pakistán para que estuviera a salvo. Para sus padres, Ali representa la mayor esperanza de la familia, de hecho, su única esperanza. Querían protegerlo.

Asma Rabi, becaria del programa DAFI e investigadora refugiada.

© ACNUR / ZIKREA SALEAH



En Pakistán, él tenía la posibilidad de ir a la escuela. “Estudio y me esfuerzo mucho para ser ingeniero y poder reconstruir mi país”, dijo Ali.

Me contó que trabajaba hasta la medianoche en dos trabajos para ganar el dinero suficiente y así cubrir los gastos relacionados con la escuela. Era uno de los mejores alumnos. Había aprendido inglés con un maestro y, a cambio, se ofrecía como voluntario para enseñarles a sus compañeros de clase.

“Recuerdo bien mis años escolares. En lugar de cargar mochilas, era como si cargáramos en nuestros pequeños hombros la responsabilidad del futuro de nuestra familia”.

Después de asistir a la escuela, Ali se dirigía a un centro de estudios de inglés para dar clases hasta la noche. Luego, juntaba el cartón y las botellas de plástico usadas que encontraba en la calle para después venderlas.

Su única ventaja era su género. En muchas familias afganas de personas refugiadas, se prioriza la educación de los niños por sobre la de las niñas, o bien, la educación de las niñas se considera inapropiada o aceptable solo hasta la pubertad.

Cuando hablé con Ali hace unos meses, había finalizado la escuela secundaria y me dijo que estaba ahorrando dinero con la esperanza de poder pagar sus estudios universitarios, pero necesita cientos de dólares para ello. Si no puede costearla, todos los trabajos que dependen de un título de educación superior continuarán estando fuera de su alcance. No obstante, el reciente alzamiento en Afganistán ha sumido el futuro del país en la incertidumbre. Para Ali, hasta que no haya paz, retornar a su pueblo no es una opción.

“Imagina ser adolescente, trabajar tanto y hacer cosas que no quieres”, dice. “Imagina tener que trabajar hasta la medianoche para ganar un poco de dinero en lugar de estudiar. Así es mi vida como refugiado. Pero sé que puedo cambiar mi destino”.

Visitar la escuela de Ali en Peshawar me hizo recordar los tiempos en que salía de casa para empezar el día en la escuela. A decir verdad, escribo esto como refugiada afgana, nacida y criada en Pakistán. Mi familia huyó de Afganistán a principios de la década de 1990. Me considero bendecida: tuve la oportunidad de estudiar, explorar y desarrollarme, y, en 2017, gané una beca (a través del [programa DAFI](#), con apoyo de ACNUR) para ingresar a una de las universidades más prestigiosas de Pakistán.

Pero recuerdo bien mis días en la escuela, yéndome de casa temprano por la mañana con mi mochila y encontrándome con otros niños y niñas refugiados en el camino. Excepto que, en lugar de cargar mochilas, era como si cargáramos en nuestros pequeños hombros la responsabilidad del futuro de nuestra familia.

Miles de jóvenes refugiados han pasado por la escuela de Ali. Son parte de los 1,4 millones de personas afganas refugiadas que han sido registradas en Pakistán, de las cuales, casi la mitad tiene menos de 18 años. Son seres humanos con sueños, pasiones y la ambición de retribuirle algo a la sociedad en la que viven y de reconstruir su país al regresar, si es que pueden hacerlo.

Cuando escucho la historia de Ali y veo el gran esfuerzo que hace, me dan ganas de alzar su voz con la esperanza de que haya apoyo para él y para otras personas como él. Afganistán puede estar sumergida en la incertidumbre una vez más, pero la juventud afgana atesora la promesa de un futuro mejor. Invertir en ella es invertir en la paz, la estabilidad y un futuro más próspero, tanto para el país como para la región.”

** El nombre de Ali ha sido cambiado para proteger su identidad.*

Acerca del proyecto de investigación de Asma

El proyecto “*Voices of Refugee Youth: impact of post-primary refugee education*” es un estudio en curso que pretende ayudar a sentar la base empírica sobre la importancia vital que tiene la educación de nivel posprimario para la juventud refugiada. Su enfoque innovador implica involucrar a la juventud refugiada para ayudar en la investigación.

El estudio se centra en las personas refugiadas en Pakistán y Ruanda, y el método principal de recopilación de datos consiste en encuestas longitudinales a gran escala. Es decir, se hace un seguimiento de los mismos participantes de la investigación durante un tiempo, junto con aportes de expertos, colegas de ACNUR y otras personas que forman parte de los sistemas educativos de ambos países de interés. Una cohorte de 15 jóvenes refugiados de cada país ayudó a diseñar el estudio; para ello, recibieron capacitación en métodos de investigación social, lo cual les proporcionará un título profesional de posgrado acreditado por la [John Carroll University](#), con créditos transferibles.

La investigación se está llevando a cabo en colaboración con [ACNUR](#), [Jigsaw Consult](#) y [Refugee Education UK](#). El estudio está financiado por [Dubai Cares](#) en el marco de los proyectos de investigación de [E-Cubed](#). Para obtener más información, visite el sitio de [Voices of Refugee Youth](#).

La familia importa: María, sentada junto a su madre, Carmen, una ex docente que ahora trabaja como empleada de una estación de servicio y tienda de conveniencia.

© ACNUR / CARLA BRIDLAL

CAPÍTULO 5

ESTUDIO DE CASO

Adolescente venezolana toma el camino digital hacia la profesión médica

A pesar de las limitaciones para asistir tanto a escuelas estatales como privadas, una joven encontró la manera de prepararse para tomar exámenes con acreditación oficial y así mantener vivo su sueño profesional.

María* ha soñado con ser médica desde que tenía cuatro años, especialmente luego de enterarse de que tendría que lidiar con la diabetes por el resto de su vida.

Ahora, con 15 años, ha refinado aún más su objetivo profesional al campo de la neurocirugía. Si fuera solo una cuestión de inteligencia y pasión, no tendría problema alguno; sin embargo, la realidad es más dura.

Como toda persona refugiada, solicitante de asilo y migrante menor de edad que vive en Trinidad y Tobago, María no puede integrarse al sistema escolar nacional sin un permiso otorgado por el Ministerio de Educación.

Sin educación, su vocación médica nunca alzaría vuelo. “La educación es muy importante. Cuando se recibe educación, el único límite es el cielo”, expresa.

María y su familia abandonaron Venezuela hace tres años, luego de que les fuera cada vez más difícil conseguir la insulina que ella necesita para tratar la diabetes. Más de cinco millones de personas venezolanas han huido a causa de la inseguridad y a raíz de la gran escasez de alimentos y medicamentos en su país natal.

Las islas gemelas de Trinidad y Tobago, a pocos kilómetros de la costa de Venezuela, [han dado acogida a poco más de 24.000 personas refugiadas y migrantes de Venezuela](#). Per cápita, constituye una de las comunidades más numerosas de personas venezolanas desplazadas.

Ahora, asentada en el pueblo trinitense de Chaguanas, María se ha volcado una vez más a su objetivo de estudiar Neurocirugía. “Mi familia me ha apoyado de manera incondicional”, nos cuenta. “Me motivan día a día”.

Al principio, se inscribió en una escuela privada cerca de su casa, algo que fue posible únicamente gracias a que su madre tenía tres trabajos para poder pagar las cuotas. “Siempre ha estado enfocada y se ha esforzado por estar entre los mejores de su clase”, nos cuenta Carmen*, su mamá, quien solía dar clases de Contabilidad en Venezuela y, ahora, trabaja en una estación de servicio y en una tienda de conveniencia.

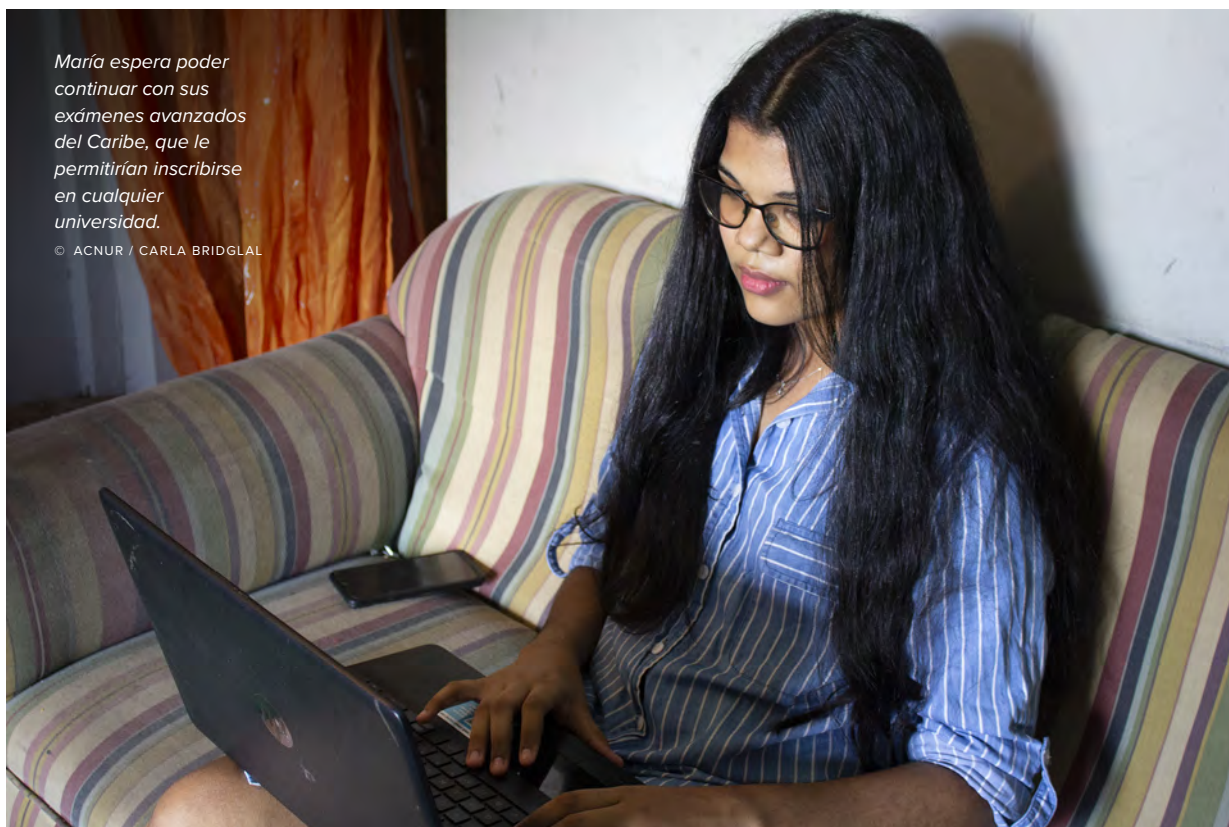
La transición del español al inglés no ha sido problema alguno. María aprendió el nuevo idioma tan rápido que logró adelantar un grado. Un año después, sin embargo, la escuela cerró, lo que dejó a María estancada nuevamente y la convirtió en una de los 4.400 niñas y niños desplazados de entre 5 y 17 años que no tienen acceso a la educación pública en Trinidad y Tobago.

“Siempre ha estado enfocada y se ha esforzado por estar entre los mejores de su clase”.

Al menos para algunos de ellos, la esperanza ha llegado de la mano de [Equal Place](#), un programa de aprendizaje mixto destinado a niñas y niños refugiados y solicitantes de asilo lanzado por ACNUR, su socio local [Living Water Community](#), un ministerio católico y UNICEF.

Equal Place, que ha estado funcionando desde septiembre de 2019, opera tanto en inglés como en español.

La versión en inglés, en un primer momento, era una combinación de enseñanza presencial y en línea; después, cuando cerraron todas las escuelas en marzo de 2020, se volvió 100% virtual. La comunidad estudiantil mantiene el



María espera poder continuar con sus exámenes avanzados del Caribe, que le permitirían inscribirse en cualquier universidad.

© ACNUR / CARLA BRIDGLAL

ritmo del plan de estudios de la región del Caribe con la intención de reincorporarse a la educación formal en cuanto sea posible. La versión en español, disponible solo en línea, permite que niñas y niños concluyan sus estudios de conformidad con el plan de estudios venezolano o colombiano.

Hoy en día, poco más de 1.300 niñas y niños se han inscrito en Equal Place. “Me pareció que el programa sería perfecto para María porque le permitiría terminar sus estudios secundarios, inclusive obtener todos los certificados de acreditación que necesitaría”, expresa Carmen.

Las niñas y los niños aprenden por medio de plataformas de aprendizaje electrónico en tabletas donadas por ACNUR, UNICEF, la Embajada de Estados Unidos en Trinidad y Tobago, y la Dirección General de Protección Civil y Operaciones de Ayuda Humanitaria Europeas (ECHO) de la Comisión Europea.

Equal Place es administrado con el apoyo de TT-Venezuela Solidarity Network, el Ministerio de Educación, la Junta de Administración de Educación Católica, la Fundación Panamericana para el Desarrollo y el Ministerio Arquidiocesano para Migrantes y Refugiados.

** Se han modificado los nombres por razones de protección.*

Llevó tiempo acostumbrarse a las clases completamente virtuales. “Es un cambio drástico”, nos cuenta María. “Me encanta conversar y participar, por lo que no tener [a mis compañeros] para charlar es algo difícil”.

María se registró para los exámenes de certificación de educación secundaria del Caribe, que rindió el pasado verano; estos exámenes constituyen una oportunidad para que sus estudios se reconozcan formalmente. Luego de eso, planea tomar el examen de dominio avanzado del Caribe. Con esas cualificaciones, estaría en condiciones de inscribirse en universidades de otros países.

“María está entre nuestros alumnos de excelencia”, expresa Ashford Tamby, funcionario de educación de Living Water Community y uno de sus tutores. “No ha permitido que la detengan las dificultades o desventajas de su situación”.

CAPÍTULO 6

ENTREVISTA CON STEFANIA GIANNINI

“No podemos permitir que la educación sea víctima de esta crisis”.

Desde mayo de 2018, Stefania Giannini ha fungido como subdirectora general de educación de la UNESCO, el cargo más importante de la ONU en el ámbito educativo. En esta entrevista, habla sobre el impacto de la COVID-19 y sobre cómo la creación de la Coalición Mundial para la Educación de la UNESCO ha ayudado a que el mundo brinde más apoyo a las comunidades desplazadas por la fuerza y otras comunidades vulnerables.

¿Cómo se ha visto afectada la educación a causa de la pandemia en todo el mundo?

La pandemia ha causado la interrupción más larga en la educación desde la Segunda Guerra Mundial. Desde el principio, la UNESCO ha estado mapeando los cierres de las escuelas a medida que suceden en todo el mundo. Más de 180 países y el 90% de la población estudiantil del mundo se han visto afectados, es decir, cerca de 1.500 millones de estudiantes.

Estos cierres, además, han remarcado el hecho de que las escuelas son mucho más que lugares de enseñanza académica, especialmente para quienes se encuentran en mayor situación de vulnerabilidad. Las escuelas brindan protección, acceso a los servicios básicos, y un sentido de esperanza y oportunidad. En tal sentido, la crisis ha enfatizado la necesidad de implementar enfoques más holísticos en la educación, que

incluyan la salud, la nutrición y el apoyo socioemocional.

¿Qué hemos aprendido de nuestros esfuerzos para responder?

Algo positivo es que la pandemia ha acelerado los esfuerzos por reestructurar la coordinación global en materia educativa para mejorar la gestión a nivel nacional. Eso se traduce en mayor cooperación entre diferentes organizaciones que trabajan en la misma área, así como la movilización de un mayor compromiso financiero y político. Los recortes en los presupuestos nacionales para la educación y la asistencia internacional tendrán un impacto dramático. No podemos permitir que la educación sea víctima de esta crisis. Podría poner en peligro los avances logrados, especialmente para las niñas, con consecuencias para los países y para las

Stefania Giannini,
subdirectora general de
educación de la UNESCO.

© UNESCO



personas en lo individual, consecuencias que podrían arrastrarse a las generaciones futuras.

Usted hace referencia a la cooperación. ¿Cómo se ha desarrollado a lo largo de la pandemia?

Desde el comienzo, advertimos que la creciente desigualdad educativa o, peor aún, la exclusión, debía tratarse por medio de alianzas innovadoras y una cooperación más flexible. Con ese fin, en marzo de 2020, la UNESCO lanzó la Coalición Mundial para la Educación, una alianza de 175 socios multilaterales, sin fines de lucro, del sector público y privado, y de la sociedad civil (incluso ACNUR), con el fin de ayudar a los países a encontrar maneras de minimizar la interrupción en la educación y garantizar algún tipo de continuidad por medio de enfoques con baja tecnología, sin tecnología

y con alta tecnología, dando prioridad a las personas más desfavorecidas.

“A causa de la pandemia, más de 180 países y el 90% de la población estudiantil del mundo se han visto afectados, es decir, cerca de 1.500 millones de estudiantes”.

En otros lugares, trabajamos con Education Cannot Wait, el fondo global que tiene el objetivo de lograr que la educación sea una prioridad humanitaria en países afectados por la crisis, como la República Democrática del Congo, para adaptar el plan de estudios primario a lecciones transmitidas por radio. En Camerún, contribuimos al desarrollo de una plataforma nacional de aprendizaje digital que está llegando a las áreas

afectadas por la crisis. Además, hemos hecho campañas con ACNUR para mejorar las oportunidades de aprendizaje para las personas refugiadas durante y después de la pandemia.

El compromiso de la UNESCO con el Foro Mundial sobre los Refugiados de 2019, para implementar el Pacto Mundial sobre los Refugiados, se centra en fortalecer los sistemas educativos. ¿Qué se puede hacer?

Uno de los principales desafíos es la inclusión de las personas refugiadas en los sistemas educativos nacionales. Estamos brindando apoyo a los ministerios de educación de diversos países, como Etiopía, Jordania y Mali, para fortalecer la legislación, las políticas y la planificación de manera tal que logren satisfacer las necesidades tanto del cuerpo docente como del estudiantado desplazado y marginado.

También elaboramos buenas prácticas, herramientas y políticas para la inclusión, y hacemos hincapié en la importancia de la unión de los actores humanitarios y los actores de desarrollo. Mientras más débil sea el contexto, más sólidos deben ser los sistemas educativos.

Y una parte importante de la inclusión es lograr que los países reconozcan las cualificaciones previas de las personas refugiadas...

Así es, y esta fue otra área que estuvo dentro de nuestros compromisos en el Foro sobre los Refugiados. En Zambia e Irak, colaboramos con ACNUR en la implementación del Pasaporte de Cualificaciones para Refugiados y Migrantes Vulnerables de la UNESCO. La convicción fundamental en este caso es que estas poblaciones pueden hacer contribuciones de gran valor, pero, muy a menudo, sus cualificaciones previas no son reconocidas; o bien, las personas refugiadas carecen de la documentación suficiente para respaldar su formación académica. El pasaporte evalúa el nivel educativo de la persona refugiada, su experiencia laboral y el dominio de idiomas, y proporciona información confiable y fehaciente para que pueda solicitar trabajos o para que la admitan en otros estudios o cursos.

¿Cómo puede saber si los esfuerzos de la Coalición están marcando la diferencia?

Buena pregunta. Porque uno de los desafíos clave es la falta de información confiable y oportuna. La naturaleza impredecible y a menudo prolongada del desplazamiento, junto con la dificultad para identificar de manera precisa a las poblaciones desplazadas, hacen que la recopilación de datos sea una tarea compleja. Por lo general, los sistemas de información de gestión de la educación nacional carecen de indicadores sensibles a las crisis. El problema se agrava cuando la planificación humanitaria y de desarrollo ocurre en diferentes planos.

“Cuanto más débil sea el contexto, más sólidos deben ser los sistemas educativos”.

Junto con Norcap (el área de despliegue de expertos del Consejo Noruego para Refugiados) y con el apoyo de Education Cannot Wait y de Sida (la Agencia Sueca Internacional de Cooperación para el Desarrollo), llevamos a cabo estudios de caso en seis países –Chad, Etiopía, Palestina, Sudán del Sur, Siria y Uganda– con el objetivo de identificar dónde están las brechas, así como mejorar la recopilación y el uso de datos para la preparación y la respuesta ante crisis. Sin embargo, se trata de un problema recurrente.

Finalmente, un gran número de escuelas, gobiernos y otras instancias educativas han recurrido al aprendizaje digital en alguna de sus formas durante la pandemia. ¿Ahí está el futuro?

El aprendizaje digital puede ser la escapatoria en medio de una crisis, pero la falta de conectividad y de acceso a los dispositivos siguen siendo grandes obstáculos. Ha habido un cambio radical en todo el mundo en torno al aprendizaje remoto, pero también se puso al descubierto que la brecha digital ha sido uno de los principales factores de exclusión de la educación para quienes no tienen acceso a internet. ►



Panorama global: Malawi, la escuela de Rachel en el campamento de refugiados de Dzaleka, permaneció cerrada la mayor parte del pasado año académico a causa de la COVID-19. Como resultado, Rachel y muchos de sus compañeros de grupo han desaprobado sus exámenes finales de educación secundaria. Mientras espera la oportunidad para volver a tomar el examen, Rachel ha decidido comenzar un curso de informática dictado por ACNUR y el Servicio Jesuita a Refugiados, para desarrollar las habilidades esenciales que la ayudarán a participar en el mundo digital actual, independientemente del resultado de sus exámenes.

© ACNUR / ANTOINE TARDY

Enfoque en las alianzas

Las alianzas efectivas con diversas partes interesadas resultan centrales para el trabajo que lleva a cabo ACNUR en torno a la educación de las personas refugiadas, reflejado en la estrategia educativa para 2030 y en el Pacto Mundial sobre los Refugiados. Mientras nos enfrentamos a los desafíos que supone la pandemia de COVID-19, solo si combinamos los esfuerzos de la comunidad internacional podremos garantizar que no se pierdan los logros obtenidos hasta la fecha en materia de educación para las personas refugiadas.

ACNUR valora los debates que pretenden proteger la educación en todo el mundo e insta a todos los socios a asegurarse de incluir a las poblaciones refugiadas en esas conversaciones y en la planificación, los presupuestos, la movilización de recursos a futuro, especialmente en donde aún no han sido incluidas en los sistemas nacionales.

- **El Grupo de Trabajo de Educación Secundaria¹**, liderado por ACNUR, se compone de 16 socios, que incluyen ONG internacionales, Estados y donantes. Creado en 2020, tiene el objetivo de garantizar que toda la juventud afectada por la crisis tenga acceso igualitario a educación secundaria de calidad, inclusiva y relevante, y que pueda concluirla en condiciones de seguridad.
- **Blueprint de UNICEF**: a comienzos de 2020, ACNUR y UNICEF desarrollaron el ambicioso proyecto Blueprint for Joint Action, un compromiso para acelerar los esfuerzos conjuntos en línea con el [Pacto Mundial sobre los Refugiados](#) con el objetivo de promover y proteger los derechos de la niñez refugiada y de las comunidades de acogida. Con un enfoque en educación, agua, saneamiento e higiene, y protección de menores, la iniciativa Blueprint, que ha comenzado en diez países, ha sido testigo de una aceleración de los esfuerzos para promover la inclusión de las personas refugiadas en planes nacionales, presupuestos, conjuntos de datos y sistemas de prestación de servicios.
- **Education Cannot Wait**: ECW, que tiene un lugar en el Comité Ejecutivo y el Comité de Dirección de Alto Nivel de ACNUR, ha logrado grandes avances para expandir el acceso a una educación de calidad para la niñez forzada a huir. En 2020, lanzó una campaña de \$19,5 millones con el objetivo de garantizar que la niñez refugiada no quedara excluida de las medidas tomadas ante la COVID-19.
- **Asociación Mundial por la Educación (GPE)**: la GPE juega un papel crucial de liderazgo en el apoyo de los sistemas educativos nacionales, que incluye brindar a los estudiantes refugiados acceso a la escuela y crear sistemas educativos resilientes e inclusivos. ACNUR y UNICEF comparten un lugar en la Junta de la GPE, lo que amplía nuestra labor de promoción y apoyo por el Pacto Mundial sobre los Refugiados.
- **Coalición Mundial para la Educación**: la Coalición Mundial para la Educación, una alianza de 175 socios multilaterales, sin fines de lucro, del sector público y privado, y de la sociedad civil, creada por la UNESCO con el objetivo de proteger el derecho a la educación de niñas, niños y jóvenes durante la interrupción a causa de la COVID-19 y después de esta. ACNUR es un miembro comprometido.
- **La Comisión por la Educación, Foro Mundial sobre la Educación**: ACNUR ha trabajado de manera conjunta con la Comisión por la Educación desde su creación en 2019, bajo la conducción de Gordon Brown, el ex primer ministro del Reino Unido. Celebramos la publicación del libro blanco “Salvar nuestro futuro” por parte del Foro y su compromiso hacia la mejora del financiamiento de la educación, las habilidades fundamentales de calidad y el acceso a la educación conectada.
- **G7**: ACNUR celebra que el Reino Unido ocupe la presidencia del G7 y aclama los esfuerzos del grupo por impulsar acciones para lograr los nuevos objetivos meta del ODS 4, respaldados por el G7. Alcanzar estos ambiciosos objetivos —es decir, inscribir a 40 millones de niñas en las escuelas y mejorar la calidad de aprendizaje para 20 millones más para 2026— no será posible a menos que hagamos un mayor esfuerzo por educar a las niñas afectadas por el conflicto y la crisis. Solo el 31% de las niñas refugiadas tiene acceso a la educación secundaria, y es probable que la pandemia provoque incluso más deserciones. ACNUR insta al G7 a, por lo menos, dar seguimiento en materia de desplazamiento dentro del marco de monitoreo y garantizar que todos los enfoques para mejorar el acceso y la calidad sean personalizados a fin de incluir a las poblaciones refugiadas.

1 ACNUR, Education Cannot Wait, Finn Church Aid, Fondo de Malala, Plan International, UNESCO, UNICEF, Windle International, NRC, JRS, Save the Children, INEE, Fundación para la Educación de los Refugiados, War Child Canada, GiZ, Global Affairs Canada.



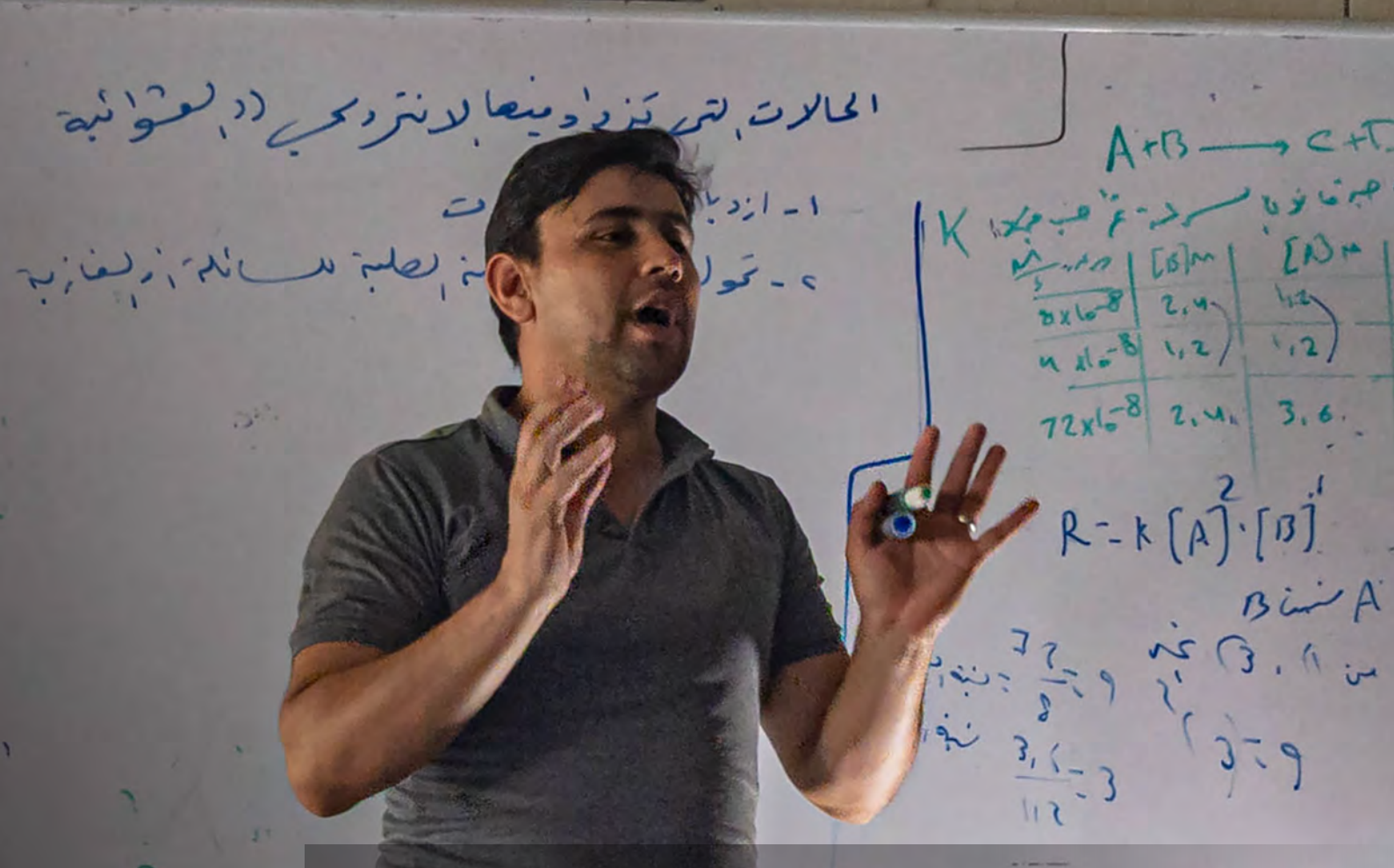
Resolución de problemas: Komor Uddin, maestro auxiliar rohingya del Centro de Aprendizaje de Kutupalong, brinda orientación a un estudiante y a su padre en el hogar de estos últimos en diciembre de 2020, luego de que cerraran todas las escuelas en Bangladesh debido a las restricciones por COVID-19. La planta docente voluntaria ha jugado un papel crucial para ayudar a que la niñez rohingya pudiera continuar aprendiendo durante la pandemia, incluso involucrando a madres, padres y cuidadores para apoyar el aprendizaje, y facilitando manuales y material visual.

© ACNUR / HASIB ZUBERI

- ▶ Por necesidad, los modelos de aprendizaje híbrido y mixto, que combinan enseñanza y recursos presenciales y digitales, han pasado a formar parte del contexto educativo y han llegado para quedarse. Sin embargo, crear resiliencia ante golpes como la pandemia implica diseñar inversiones que garanticen que toda la juventud refugiada sea incluida en el mundo digital y pueda beneficiarse de la expansión de dichas iniciativas.

Resulta vital que el aprendizaje digital complemente y fortalezca los sistemas

nacionales, y mejore el aprendizaje dentro del aula, un entorno que tiene tantos beneficios importantes que ofrecer al estudiantado, incluida la sociabilización. Por ello, la UNESCO, junto con el grupo filantrópico Dubai Cares con sede en los EAU (y con ACNUR en el comité asesor), está encabezando esfuerzos para elaborar una declaración internacional en materia de conectividad que delinearé las recomendaciones clave para hacer de la tecnología una fuerza que permita la inclusión.



CAPÍTULO 7

ESTUDIO DE CASO

Maestro sirio se convierte en productor de cine luego del cierre de las aulas



Química a través de la pantalla:
Ibrahim Yousef, maestro sirio refugiado,
solo necesitó el equipo básico para
comenzar a grabar y publicar sus
clases en YouTube.

© ACNUR / FIRAS AL-KHATEEB

Con lo mínimo indispensable, Ibrahim Yousef ha logrado un pequeño, pero devoto, número de seguidores de sus tutoriales en línea.

“Cuando grabé mis primeras clases para YouTube, me resultó muy extraño pararme frente a un aula vacía para dar una clase completa”, expresa Ibrahim Yousef, quien recuerda el momento en el que dio el giro a la enseñanza en línea.

Lo único que tenía era un teléfono móvil, un soporte y una pizarra, y un par de estudiantes en confinamiento con una necesidad urgente de tener clases de química.

Era febrero de 2020 cuando la pandemia de COVID-19 cerró las escuelas de Irak, incluida la escuela secundaria del campamento de refugiados de Kawergosk, al este de Erbil, en la región kurda en el norte de Irak.

Ibrahim, vicedirector de la escuela, también enseña Química a estudiantes de 12.º grado.

“Logro empatizar con ellos”, dice Ibrahim, un refugiado sirio. “Comprendo sus problemas y dificultades”.

Entonces, cuando cerraron las aulas, Ibrahim comenzó a pensar cómo podía continuar ayudando a sus estudiantes refugiados. Poco después, nació su [canal de YouTube, “Teacher Ibrahim Yousef”](#). Dotado de naturalidad y fluidez frente a la cámara, Ibrahim usa sus videos para enseñar el plan de estudios y revisar las preguntas de los exámenes una por una.

“Es difícil entender todo cuando uno estudia por su cuenta”, dice Yafa Khalid, un joven refugiado que mira las clases de Ibrahim en su teléfono móvil. “Se necesita un maestro que explique el material”.

Los comentarios en sus videos están llenos de elogios. “Querido profesor, el material está muy bien explicado”, comenta un seguidor. “No sé si

es realmente consciente de lo mucho que nos estamos beneficiando, especialmente en la situación actual en la que las escuelas están cerradas por COVID y los estudiantes tenemos dificultades para entender todo por nuestra propia cuenta. Usted es un regalo del cielo, principalmente para las personas refugiadas. Le agradezco desde lo más profundo de mi corazón”.

“Es difícil entender todo cuando uno estudia por su cuenta; se necesita un maestro que explique el material”.

Ibrahim es oriundo de un pequeño pueblo del distrito de Al-Hasakeh, al noreste de Siria. Antes de la guerra, su familia, compuesta por siete varones y cuatro mujeres, vivía muy bien gracias al negocio de su padre, que vendía trigo, harina, madera y otros materiales.

Un grave accidente automovilístico hizo que el padre tuviera que dejar de trabajar. En consecuencia, Ibrahim y sus hermanos tuvieron que empezar a mantener a la familia.

“Por un accidente, de un momento a otro, nos convertimos en una familia pobre”, nos cuenta.

Tres de sus hermanos abandonaron la escuela por completo, mientras que Ibrahim trabajaba durante el receso de verano. Encontró diversos trabajos, como obrero por día, pintor, decorador, vendedor de refrigerios en un quiosco y ayudante en una clínica veterinaria.

Pero siempre retomaba las clases cuando empezaba un nuevo año académico, motivado por un maestro de la escuela primaria, quien una

vez le había dicho que podría tener un gran futuro si finalizaba sus estudios.

En agosto de 2014, la creciente crisis de Siria lo obligó a huir junto con millones de personas más. “Cuando sientes miedo constantemente y el temor se apodera de tu mente... ahí es cuando sabes que no puedes quedarte y que debes irte”, expresa Ibrahim. Se dirigió al norte de Irak, donde pronto consiguió trabajo como maestro.

Aunque quizás no sea un influencer en su máxima expresión, ha logrado que sus clases sean un éxito entre sus estudiantes. Está en línea en todo momento, respondiendo preguntas de seguimiento en WhatsApp y Viber. Además, es parte de varios grupos de Facebook dedicados a los estudios de química y recibe preguntas de lugares remotos, como Túnez y Argelia.

“Los alumnos a veces estudian en horarios poco usuales cuando se acerca la época de exámenes, y hay días en los que se quedan despiertos toda la

noche”, nos cuenta. “Cuando es época de exámenes, trato de responderles de inmediato si es que estoy despierto, así que, en general, no duermo mucho”.

Incluso luego de que las escuelas comenzaran a reabrir hace unos meses este año, Ibrahim continuó publicando sus clases a modo de apoyo y revisión. Planea retomar una vez que haya comenzado el año académico, ya que los estudiantes le han dicho que sus clases en línea son muy útiles como método de revisión del material.

“Siempre estoy expectante el día que se publican los resultados de los exámenes de nivel secundario; miro los resultados de cada uno de los alumnos”, expresa. “Siento como si fueran mis hijos, hijas, hermanos o hermanas, y me pone muy feliz cuando obtienen buenas calificaciones”.

El sentimiento es mutuo. “Muchas gracias por su gran esfuerzo”, comenta otro estudiante en uno de sus videos. “Tenía dificultades con química, pero usted hizo que fuera muy fácil para mí”.



Ver video

Vea cómo Ibrahim se volvió YouTuber para vencer la pandemia.

Nour* estudia en uno de los diez centros de aprendizaje conectado del campamento de refugiados de Za'atari en Jordania.

© ACNUR

CAPÍTULO 8

ENFOQUE EN EL APRENDIZAJE CONECTADO

Servicio de emergencia: cómo encontrar respuestas de baja tecnología al confinamiento

¿Sin clases? ¿Sin internet? Una plataforma de aprendizaje ha demostrado ser una respuesta efectiva para las comunidades desplazadas, incluso si carecen de tecnologías modernas.

Como los cierres de las escuelas han obligado a docentes, estudiantes, madres y padres a buscar nuevos métodos de aprendizaje, los últimos 18 meses han presentado desafíos sin precedentes.

Escuelas de todo el mundo, lo que incluye a la mayoría de los países de bajos ingresos, han tenido que acudir a las plataformas en línea en cierta medida, aunque la brecha tecnológica existente entre las regiones más ricas y las más pobres era evidente.

Aun así, la gran transición hacia el ámbito digital tuvo sus problemas: mayor dependencia de internet, necesidad de identificar los materiales apropiados para el estudio efectivo y apoyo directo limitado por parte del cuerpo docente.

[Kolibri, un “ecosistema” educativo gratuito de código abierto](#), desarrollado por la organización sin fines de lucro Learning Equality, está diseñado para sortear esos obstáculos. En particular, beneficia a estudiantes que tienen acceso limitado o poco estable a internet y, en los últimos 18 meses, se ha convertido en una de las plataformas educativas de más rápido crecimiento entre la juventud refugiada.

La plataforma “planta” un servidor y descarga contenido en él cuando hay conexión a internet disponible. Luego, otros dispositivos que se encuentran en la misma red local, que opera como un “internet diminuto”, pueden también acceder a la plataforma de aprendizaje.

Kolibri está también diseñada para funcionar en la mayor cantidad posible de dispositivos y sistemas operativos, lo que significa que no es necesario que los estudiantes tengan los teléfonos o tabletas más modernos (y más costosos), sino que pueden usar dispositivos “tradicionales” con varios años de antigüedad.

Otra enorme ventaja de Kolibri, que incluye más de 125.000 recursos educativos abiertos (material académico y relevante para fomentar la

investigación), es que puede adaptarse para alinearse con los diferentes planes de estudio nacionales. Además, el cuerpo docente puede organizar el material según sus requisitos específicos; al mismo tiempo, la plataforma les permite supervisar el trabajo de sus estudiantes y brindar retroalimentación.

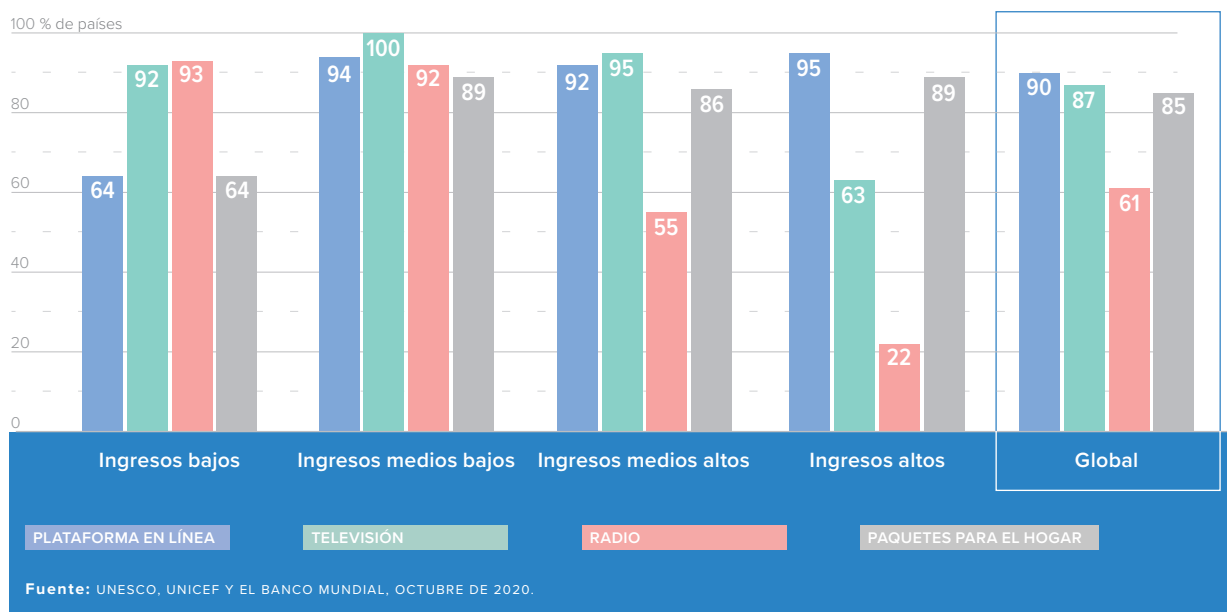
Uno de los lugares que usó la plataforma de manera efectiva cuando comenzó la pandemia fue el campamento de refugiados de Za’atari en Jordania. Nour* es un estudiante de nivel secundario que pudo acceder a uno de los diez centros de aprendizaje conectado creados antes de la pandemia en toda Jordania, gracias a un programa de ACNUR y de Learning Equality financiado por Google.org, una fundación benéfica de Google.

“Kolibri siempre se ha enfocado en brindar un complemento al aprendizaje en el aula... en lugar de ser su reemplazo. Es importante hacer esta distinción”.

Al principio, los centros estaban diseñados para brindar apoyo luego del horario escolar (al igual que casi 4.000 escuelas primarias y secundarias en todo el país), pero tuvieron que cerrar una vez que fue evidente la escala de la emergencia por COVID-19. “Como las clases son virtuales y el aprendizaje ahora es en línea, no siempre es posible hacer preguntas al profesorado acerca de los temas que uno no entendió en clase”, dice Nour, de 14 años.

Para ayudar al alumnado a usar los recursos que ofrece Kolibri en casa, algunas organizaciones socias detrás de la plataforma brindaron servidores en línea y proporcionaron paquetes de datos a los estudiantes refugiados para que pudieran navegar por la nueva realidad de aprendizaje en casa.

Disponibilidad de las modalidades de aprendizaje remoto | por ingresos



“Gracias a Kolibri, pude acceder a más explicaciones de las clases, de manera simplificada”, expresó Nour.

Sultan Al-Halaqi, un capacitador auxiliar del centro, dijo que Kolibri había permitido que él y sus colegas siguieran brindando a sus estudiantes un sinfín de recursos, particularmente sobre inglés y ciencias. “Los estudiantes pudieron encontrar apoyo, sin importar su nivel”, dijo.

“En Jordania, lo que fue clave con respecto a Kolibri es que sus colaboradores –el Ministerio de Educación, ACNUR, Learning Equality y Madrasati– ya venían trabajando para alinear los recursos de aprendizaje digital con el plan de estudios nacional”, expresó Tala Sweis de Madrasati, una iniciativa liderada por Rania, la reina de Jordania, con el objetivo de mejorar el aprendizaje en las escuelas públicas a las que asisten la mayoría de niñas y niños en situación de vulnerabilidad. “Kolibri fue una oferta digital efectiva durante la pandemia, particularmente para los estudiantes que no tenían acceso a una educación de calidad”.

Hasta el momento, ACNUR y Learning Equality han trabajado de manera conjunta con los ministerios de educación y expertos de cinco países (Ghana, Honduras, Chile, Kenia y Jordania) para implementar la misma política de alineamiento del contenido de Kolibri con los planes de estudio nacionales.

No obstante, incluso quienes abogan por la educación conectada sostienen que la plataforma no pretende reemplazar el aprendizaje en las escuelas.

“Si algo nos enseñó la COVID-19 fue que resulta necesario invertir más en la educación conectada en todo el mundo”, expresó Jamie Alexandre, cofundador y director ejecutivo de Learning Equality. “Sin embargo, debe considerarse cuidadosamente la manera en la que se aprovecha el contenido digital para lograr resultados de aprendizaje equitativos”.

“Kolibri siempre se ha enfocado en brindar un complemento al aprendizaje en el aula, con herramientas de soporte para el cuerpo docente, en lugar de ser su reemplazo. Es importante hacer esta distinción”.

* Se ha modificado el nombre por motivos de protección.

Esfuerzo en equipo: Tadjadine, de 30 años (izquierda), Djawahir, de 24 años, y sus tres hijos, Hamoudi, Hafsa y Houssni, afuera del hogar familiar en el campamento de refugiados de Kounoungou, al este de Chad.

© ACNUR / ANTOINE TARDY



CAPÍTULO 9

ESTUDIO DE CASO

Una pareja darfurí pone la educación en el núcleo de la vida familiar

A pesar de años de interrupciones, retrasos y comienzos tardíos, esta joven familia refugiada del este de Chad ha logrado que la escuela sea una prioridad.

Afuera de la casa de dos habitaciones de Djawahir y Tadjadine, se observa una pizarra colgada en la pared, como símbolo del gran valor que representa la educación para esta pareja sudanesa refugiada.

Durante los últimos 11 años, Tadjadine ha sido docente en la escuela primaria local del campamento de refugiados de Kounoungou, al este de Chad. Su esposa, Djawahir, está cursando el último año en la escuela secundaria ubicada a pocos metros.

“La educación es vital para la humanidad en todo el mundo. Y lo es aún más para nosotros aquí”, dice Tadjadine. “A mi padre lo asesinaron en la guerra de Darfur. Yo soy el hijo mayor en mi familia, así que tuve que mantener a mi madre y a mis seis hermanos”.

Cuando se desató la violencia en Darfur, al oeste de Sudán, casi dos décadas atrás, cientos de miles de personas abandonaron la región. Entre ellas estaban las familias de Tadjadine, quien en ese momento tenía 14 años y estaba estudiando en la escuela primaria, y de Djawahir, de tan solo 7 años. Ambos llegaron a Kounoungou en 2004.

Durante los siguientes cinco años, Tadjadine siguió estudiando con tenacidad en el campamento. Sin embargo, al concluir la escuela primaria, se enfrentó con un problema: si bien hoy en día las escuelas para personas refugiadas del este de Chad están integradas al sistema educativo nacional, en 2009 no era el caso, por lo que Tadjadine no pudo realizar el examen clasificatorio que le permitiría continuar con sus estudios secundarios.

Con 19 años, emprendió un viaje costoso y peligroso para cruzar la frontera con Sudán y realizar el examen para obtener el certificado de educación básica en su país natal. Los resultados de Tadjadine fueron los mejores del distrito. “No fue un viaje seguro”, admite, “pero lo hice porque no tenía otra alternativa”. (Si el examen hubiera sido unos años más tarde, el viaje no habría sido necesario, ya que, a partir del año académico 2014-2015, el plan de estudios de Chad fue integrado en todas las escuelas a las que asisten las personas refugiadas).

Cuando regresó, comenzó la escuela secundaria y, finalmente, se graduó y obtuvo un diploma de bachillerato chadiano en julio de 2019. Además, comenzó a recibir un salario por dar clases en la escuela primaria a la que había asistido. En el camino, conoció a Djawahir, quien había logrado inscribirse en la escuela por primera vez en 2010. Se casaron en 2014.

A pesar de haber formado una familia al poco tiempo, Djawahir, una madre joven, ha podido continuar sus estudios gracias al servicio de guardería que ofrece la escuela en Kounoungou. La guardería, construida por ACNUR y el Servicio Jesuita a Refugiados, una organización católica internacional, cuida a hijas e hijos de docentes y estudiantes. Cada mañana, Djawahir deja en la guardería a su hijo menor, Houssni, de 1 año, mientras sus otros dos hijos asisten a la escuela primaria y al jardín de infantes.



Djawahir y otras madres jóvenes pueden dejar a hijas e hijos en la guardería antes de ir a la escuela, pero muchas guarderías están en malas condiciones y no cuentan con lo esencial.

© ACNUR / ANTOINE TARDY

“La ignorancia desató la guerra en Darfur”, sostiene Djawahir. “Debemos estudiar para no repetir los errores del pasado”.

Las guarderías son un servicio esencial. En todo Chad, miles de niñas abandonan las escuelas cada año porque contraen matrimonio o quedan embarazadas de manera precoz. De cualquier forma, el impacto de la educación en la vida de las niñas es increíblemente positivo: [según un estudio del Banco Mundial](#), por cada año adicional de estudio, su capacidad para generar ingresos aumenta alrededor del 12%.

Al este de Chad, hay guarderías en 12 campamentos, lo que ayuda a que alrededor de 320 madres puedan continuar sus estudios y permite que otras 30 sigan forjando su trayectoria como docentes. Sin embargo, la falta de financiamiento hace que, por lo general, el estado de las instalaciones sea rudimentario y que haya una necesidad urgente de conseguir personal y equipamiento esencial (desde leche hasta colchonetas, pañales, juguetes y productos de higiene). A su vez, muchas de ellas necesitan reparaciones o, incluso, trabajos de reconstrucción.

“La ignorancia desató la guerra en Darfur. Debemos estudiar para no repetir los errores del pasado”.

Y, si bien el éxito educativo de Djawahir y de Tadjadine es inspirador, no se da con frecuencia. En el campamento de Kounoungou, hay una escuela preparatoria, una escuela secundaria, tres escuelas primarias y cuatro jardines de infantes. Solo se inscribió el 6% de la juventud en la edad propia de la escuela secundaria, y tan solo el 1,5% se inscribió en instituciones de educación superior.¹⁷

[Según datos proporcionados por la UNESCO](#), los niños de Chad pasan, en promedio, tan solo 7,3 años en la escuela, mientras que las niñas pasan menos de 6 años. Los desafíos de la pobreza, exacerbados por la pandemia de COVID-19, obligan a muchas niñas, niños y jóvenes en edad escolar secundaria a buscar trabajo en lugar de estudiar.

Para quienes logran completar sus estudios secundarios, acceder a la educación superior es un desafío aún mayor. No hay muchos cursos disponibles; los costos son exorbitantes; y las becas, difíciles de obtener. “Todavía tengo la gran esperanza de ir a la universidad, pero ya tengo 30 años, así que no puedo perder el tiempo”, dice Tadjadine.

Además de cumplir con sus tareas docentes (tiene 51 estudiantes en su clase, de diversas edades y niveles) y de ayudar a su familia con los estudios, Tadjadine dedica su poco tiempo libre a estudiar francés (además de fur y árabe, sus lenguas maternas) para mejorar sus oportunidades de acceder a la educación superior. Cuando cerraron las escuelas debido a la COVID-19, organizó sesiones de tutoría para niñas y niños en su jardín.

“Somos una familia muy unida”, dice Tadjadine con una gran sonrisa. “Djawahir y yo trabajamos codo a codo para brindar lo mejor a nuestra familia y a nuestra comunidad, a pesar de todas las dificultades que debemos enfrentar”.

17 Sistema de Información y Gestión Educativa (SIGE) de ACNUR, marzo de 2021.



John Green, colaborador de ACNUR, con los hijos de una familia siria refugiada en Jordania en 2016.

© ACNUR / JORDI MATAS

PALABRAS FINALES

Por John Green

Sin educación, la juventud verá cómo se esfuma su futuro.

John Green, autor, vloguero y colaborador de ACNUR, nos cuenta por qué la niñez desplazada merece el mismo trato que cualquier otra niña o niño en el mundo, incluido el derecho a la educación.

Ya pasaron algunos años desde que conocí a algunos de los millones de personas sirias forzadas a huir de la violencia atroz en su país natal. Cuando visité algunos campamentos de refugiados en Jordania, hablé con varios jóvenes que habían vivido en medio de la violencia, habían presenciado las heridas o la muerte de familiares o amistades, y habían sido forzados a abandonar su hogar sin saber cuándo regresarían o si podrían hacerlo.

Es desalentador pensar que muchos de esos niños y niñas seguirán siendo personas refugiadas, porque ya han pasado 11 años desde que se desató la crisis en Siria y aún persiste el caos humanitario que ha traído aparejado.

Casi todos los niños y las niñas que conocí me dijeron que su máxima prioridad era volver a la escuela. Con ayuda de un intérprete, una niña llamada Aida, de 10 años, me dijo: “Yo solo quiero estudiar”.

“La devastadora realidad muestra que las oportunidades educativas que la niñez refugiada en todo el mundo tiene a su alcance son absolutamente inadecuadas”.

Pero la devastadora realidad es que las oportunidades educativas que la niñez refugiada en todo el mundo tiene a su alcance son absolutamente inadecuadas. Además, con cada año escolar perdido, la niñez pierde terreno y ve cómo su futuro se desvanece pieza por pieza.

Muchas niñas y niños no tienen escuelas a las cuales asistir y, en los casos en que sí tienen educación a su alcance, los sistemas educativos disponibles para las personas refugiadas no reciben el financiamiento adecuado y están completamente abarrotados. Incluso en las escuelas que funcionan con un sistema de doble turno para atraer más estudiantes, es frecuente que un aula tenga más de 100 estudiantes por docente.

Sin embargo, la educación deficiente es solo uno de los problemas. A medida que la niñez refugiada crece (es decir, en el momento justo para que despliegue las alas del aprendizaje) se enfrenta a terribles presiones económicas para mantener a su familia, y tiene que buscar trabajo o llevar a cabo tareas domésticas.

La privación de la educación es deshumanizante. Imaginemos el efecto en nuestra autoestima si se considerara que no merecemos un lugar en el aula o si sintiéramos que el mundo cree que no nos corresponde el derecho a la educación porque no importamos.

En el fondo, todos los jóvenes refugiados desean ser tratados de la misma manera que cualquier otro joven en el mundo, no como personas a las que hay que tenerles miedo o lástima ni como un simple número, ni como un problema, ni como

personas que, de alguna manera, valen “menos” que sus coetáneos en otras partes del mundo; desean que se les trate como seres humanos plena y multitudinariamente.

A menudo, la juventud refugiada es llamada la “generación perdida”, pero, en realidad, no lo está. Sabemos dónde se encuentran y qué necesitan: escuelas, docentes, libros, equipamiento, tecnologías y cuidado. No están perdidos, sino esperando que el mundo reconozca su humanidad y su derecho a la educación.

No podemos abordar esta crisis a costa de poco. La tecnología puede ser una herramienta importante (y durante la pandemia ha sido vital para que el aprendizaje continuara), pero jamás debe reemplazar el entorno del aula para la socialización y el aprendizaje, como tampoco las valiosas habilidades, capacitación y experiencia del cuerpo docente.

Debemos invertir en la juventud como una entidad colectiva, no quitar a millones de niñas y niños del pacto social porque sus circunstancias hacen que sea inconveniente brindarles educación. Cada joven es nuestra responsabilidad, porque, en lo individual, nos ayudará a enfrentar los desafíos del cuidado de la salud, el cambio climático, la pobreza, la tecnología y el empleo, la igualdad, los derechos humanos, entre muchos otros temas más.

Nosotros decidimos cómo tratar a nuestros pares y podemos decidir apoyar a la niñez de todo el mundo, incluida la juventud refugiada, con la compasión y los recursos que se merecen.

John Green ha sido colaborador de ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados, desde 2015. Ha dirigido la atención hacia la crisis mundial de refugiados por medio de sus populares plataformas de redes sociales y ha apoyado varias campañas masivas de ACNUR, incluida la campaña #ConLosRefugiados y el Día Mundial de los Refugiados.

El poder femenino: en abril de 2019, Lisa Milroy, una artista que vive en el Reino Unido y directora de Hands On Art Workshops, dictó un taller de tres días para 35 estudiantes de la escuela primaria Angelina Jolie, la escuela secundaria Morneau Shepell Secondary School for Girls y la escuela secundaria Our Lady's Girls Secondary School en el campamento de refugiados de Kenia. Crearon una pintura colaborativa titulada "Group Portrait".

© FUNDACIÓN VODAFONE / SALA LEWIS

LLAMADO A LA ACCIÓN

Cada aporte cuenta para brindar a las personas refugiadas el futuro que merecen

Año tras año, la probabilidad de que la juventud en regiones afectadas por crisis, incluidas las personas refugiadas y desplazadas internas, avance al siguiente nivel académico disminuye considerablemente. Incluso antes de la COVID, estos jóvenes tenían alrededor de un 30% menos de probabilidades de finalizar la escuela primaria, y la mitad de probabilidades de finalizar la escuela secundaria inferior¹⁸.

La escuela secundaria es la puerta de acceso a la educación superior, al desarrollo personal y social, y a mejores oportunidades laborales. Esta caída en las inscripciones es un golpe duro para el derecho de la juventud desplazada a tener un futuro mejor.

Las historias que se presentan en este informe son testimonios de quienes subsisten y aún tienen esperanzas. La juventud refugiada, sus familias y las comunidades saben que la educación sigue siendo la inversión más poderosa para su futuro. No obstante, las tasas de inscripción de las personas refugiadas (es decir, tan solo el 34% en el nivel secundario) muestran que aún existen desafíos enormes por superar.

La pandemia de COVID-19 y los consiguientes cierres de escuelas serán testigos de muchos jóvenes marginados que sufrirán cada vez más desigualdad. Además, se espera que todo esto provoque una pérdida de aprendizaje significativa. Esto es especialmente cierto en el caso de las adolescentes, que corren mayor riesgo de abandonar sus estudios.

Estas son cuatro áreas prioritarias para que los Estados, el sector privado, las instituciones educativas y otros actores tomen cartas en el asunto: ►

¹⁸ “La generación del aprendizaje: Invertir en educación para un mundo en proceso de cambio”, un informe elaborado por la Comisión Internacional para el Financiamiento de Oportunidades Educativas Globales, 2016.

GARANTIZAR EL DERECHO DE ACCEDER A LA EDUCACIÓN SECUNDARIA PARA TODA LA NIÑEZ, INCLUIDA AQUELLA EN ENTORNOS AFECTADOS POR CRISIS

- Todos los Estados deben brindar acceso sin restricciones a la educación secundaria para todos los jóvenes, incluidas las personas refugiadas, en igualdad de condiciones.
- Los Estados deben garantizar que los planes nacionales de educación incluyan a todos los jóvenes, de maneras que respeten sus diversas necesidades, habilidades y capacidades, y no incluyan ninguna forma de discriminación.
- Los Estados deben anular o descartar las políticas y las regulaciones que impiden que las madres jóvenes y las adolescentes embarazadas y casadas puedan acceder a la educación.
- Tanto las comunidades de acogida como las poblaciones refugiadas deben ejercer presión para lograr la inclusión de estas últimas en los sistemas nacionales en todos sus niveles y, específicamente, para lograr el acceso a la educación secundaria.

BRINDAR FINANCIAMIENTO PLURIANUAL DESTINADO A LA EDUCACIÓN SECUNDARIA

- Los Gobiernos de acogida deben aumentar el presupuesto general destinado a la educación para lograr alcanzar a los estudiantes más marginados.
- Para que las familias puedan absorber los costos relacionados con la educación, necesitan poder acceder a empleos legales. Los programas de becas y otras formas de apoyo financiero deben ampliarse para que también puedan obtenerlas los estudiantes más marginados.
- Instamos a los países donantes a replantear sus compromisos y cumplirlos para destinar el 0,7% del ingreso neto nacional a ayudar y asignar al menos el 10% a la educación.
- Los socios, incluidos los donantes y el sector privado, deben garantizar financiamiento plurianual fidedigno destinado a programas de educación secundaria documentados para las personas refugiadas, que incluya capacitación docente, infraestructura escolar, materiales de aprendizaje, inversiones en educación conectada y becas, entre otros aspectos.

GARANTIZAR QUE LAS ADOLESCENTES DISFRUTEN LOS BENEFICIOS TRANSFORMADORES QUE PROPONE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA

- Los Estados deben esforzarse por garantizar entornos escolares respetuosos con las mujeres, lo que incluye una mejor infraestructura en términos de higiene, enfoques en todo el ámbito escolar para prevenir y responder ante la violencia de género, y prácticas y materiales educativos que tengan en cuenta la perspectiva de género.
- La niñez y la juventud, específicamente las adolescentes, deben ser incluidas, mediante consultas acerca de sus necesidades y prioridades, en las decisiones en torno a políticas y programas.

GARANTIZAR QUE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA DE CALIDAD BRINDE A LA JUVENTUD LAS HABILIDADES QUE NECESITA

- Los sistemas educativos deben ser flexibles y responder a las necesidades de aprendizaje y aquellas posteriores a la educación de los jóvenes poniendo atención en las competencias laborales, las habilidades para la vida diaria y la capacitación según la demanda, específicamente para las personas refugiadas.
- Todas las niñas, los niños y los jóvenes que se han inscrito en la educación formal deben aprender las competencias básicas (alfabetización, matemáticas y habilidades digitales) y las competencias transferibles al nivel secundario.
- El sector privado puede ayudar a ACNUR a innovar y encontrar soluciones tanto para los problemas nuevos como para los ya existentes: desde equipamiento para las aulas hasta capacitación docente, conectividad e infraestructura, recursos en línea para pasantías, formaciones, capacitaciones y oportunidades.

Para obtener más información acerca del trabajo de ACNUR en materia de educación, comuníquese con Rebecca Telford a telfordm@unhcr.org.

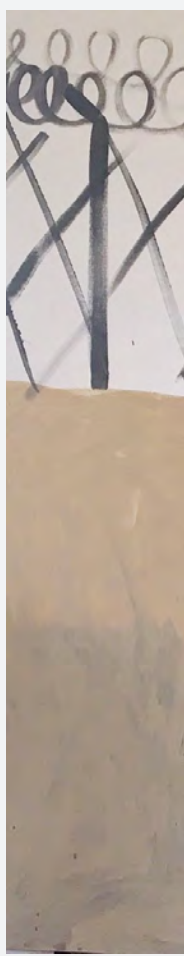
También puede visitar nuestro sitio web, “[Becoming Who We Are](#)”, dedicado al trabajo de ACNUR en el campo de la educación.



© CORTESÍA DE LISA MILROY

Desde 2015, Lisa Milroy, artista que vive en el Reino Unido y directora de Hands On Art Workshops, ha estado dictando una serie de sesiones prácticas de arte para estudiantes de escuelas primarias y secundarias en el campamento de refugiados de Kakuma y en el asentamiento de Kalobeyei, en Kenia. Estos talleres han sido facilitados por Instant Network Schools, un programa dirigido por ACNUR y la Fundación Vodafone. Las estudiantes y Milroy se comunicaron mediante la conectividad, tecnología de conferencia por video y tabletas brindadas por el programa, aunque, antes de la pandemia, la artista también realizó algunas visitas anuales a Kakuma. Hands On Art Workshops recibe el apoyo de la Fundación Vodafone, ACNUR, Colart, Slade School of Fine Art, UCL y Windle International Kenya.

En 2019, Milroy lanzó la beca anual para Hands On Art Workshops con el propósito de financiar el pago total de la matrícula de educación secundaria y, en 2020, creó un subsidio para ofrecer a una graduada de la escuela secundaria de Kakuma el equivalente al salario de un año como maestra de arte. Cuando cerraron las escuelas a causa de la COVID-19, Milroy y su colega, Stephanie Nebbia, continuaron conectándose con estudiantes refugiadas y ofreciendo talleres de arte a través de la telefonía móvil.





© CORTESÍA DE LISA MILROY



© CORTESÍA DE LISA MILROY

Para conmemorar el Día Internacional de la Educación el 24 de enero de 2020, Milroy colaboró con la Fundación Vodafone y la Galería Nacional de Londres para crear el primer viaje de estudios del mundo en ser transmitido en vivo para personas refugiadas. Durante el viaje, las estudiantes del campamento de refugiados de Kakuma "visitaron" la galería con tabletas y lentes de realidad virtual (ver fotografía arriba). Milroy fue la anfitriona de la excursión, en la que exploraron una selección de nueve pinturas que abordan la temática del tiempo.

ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados, es una organización mundial dedicada a salvar vidas, proteger los derechos de las personas forzadas a huir de su hogar a causa del conflicto y la persecución, y brindarles un futuro mejor. Llevamos a cabo acciones internacionales con el objetivo de proteger a las personas refugiadas, las comunidades desplazadas por la fuerza y las personas apátridas.

Brindamos ayuda de emergencia, ayudamos a proteger los derechos humanos fundamentales y desarrollamos soluciones para garantizar que las personas tengan un lugar seguro que puedan considerar su hogar y donde puedan construir un futuro mejor. Asimismo, nos esforzamos por garantizar que las personas apátridas obtengan una nacionalidad.

Trabajamos en más de 130 países y recurrimos a nuestras habilidades y conocimientos para proteger y cuidar de millones de personas.

Imagen de portada:

Estudiantes participan en una clase de ciencias en el nuevo laboratorio de la escuela secundaria St Michael's, en el campamento de refugiados de Tongagara, en Chipinge, Zimbabue.

© ACNUR / ANTOINE TARDY



Para obtener más información y por cualquier consulta, comuníquese con:

ACNUR

P.O. Box 2500

1211 Ginebra 2

Suiza

